

pues de ese modo le resultará menos doloroso abandonaarme. Considero que es mi deber proceder de esta forma. Cuando se ama, debe sacrificarse todo al ser amado. Esa es la mejor prueba de amor, ¿no crees?

— ¿Podrás persuadirle?

— No pretendo intentarlo siquiera. Si apareciese en este momento, haría lo de siempre. Es necesario que encuentre una forma que me permita dejarle sin que sienta remordimientos de conciencia. Debes ayudarme, Vania. ¿Tienes alguna idea?

— Es un asunto complicado. Y más conociendo su carácter. Hace cuatro días que no viene por aquí, y tal vez piense dejarte para siempre. Pero bastaría con que le escribieras diciéndole que le ibas a abandonar, para que se presentase aquí en seguida.

— ¿Por qué le aborreces, Vania?

— ¿Yo?

— Si tú. Le odias; no puedes referirte a él sin evidenciar el odio que le tienes, aunque no hables de forma vengativa, y hasta te he oído difamarle y calumniarle. Daba la sensación de que sentías placer al hacerlo.

— Será mejor que hablemos de otra cosa, Natacha. Eso mismo lo has dicho ya muchas veces.

Hubo una breve pausa, y luego Natacha dijo en voz muy baja:

— Está bien, Vania, no te enfades. Mira, me gustaría cambiarme de casa.

— ¿De qué te valdría mudarte? Aliocha no tardaría en encontrarte.

— Es mucho lo que puede el amor. Quizá le retiene aún un gran cariño. Si vuelve a mí, seguramente será por poco tiempo, ¿no te parece?

— ¿Qué podría yo decirte? Todo en él es desconcertante: quiere casarse con otra, y al mismo tiempo parece que desea seguir amándote.

— Si tuviese la certeza de que Aliocha está enamora-

do de ella, tomaría una decisión. Vania, no me ocultes nada. Sospecho que callas algo importante.

— Puedo jurarte que no sé nada, Natacha. Sabes que siempre fui honrado y franco contigo. A decir verdad, quizás no esté tan prendado de la hijastra de la condesa como pensamos. Puede que no sea más que algo pasajero, ilusorio.

— ¡Señor mío, si pudiera saber la verdad! ¡Cómo me gustaría verla en este momento, aunque fuese por un instante! Entonces podría leer en su rostro toda la verdad. Pero no viene. ¡No viene!

— Entonces, ¿le estás esperando, Natacha?

— No. Sé que está con ella. Lo sé porque encargué que lo averiguasen. ¡Cómo me agradaría verla a ella también! Mira, Vania, seguramente te parecerá una necedad; pero, ¿no podría verla en algún sitio? ¿Qué dices?

Noté en su rostro que esperaba la respuesta con evidente inquietud.

— ¿De qué te valdría verla?

— Con eso tendría bastante; lo demás lo adivinaría. Voy a perder la razón. Lo único que hago es pasear por esta habitación, siempre sola. Me paso el tiempo pensando; tengo un torbellino en la cabeza, y todo me atormenta. He pensado si tú podrías entrevistarte con ella. Creí haberte oído decir que la condesa había elogiado tu novela, y que frecuentas cierto salón al que ella también asiste. ¿Por qué no intentas que te la presenten? Quizás el mismo Aliocha podría encargarse de ello. Luego tú podrías contarme lo que yo deseo saber.

— Más tarde hablaremos de eso, Natacha. Pero, ¿crees que tendrás valor para dejarle? Piénsalo. Debes meditarlo cuando estés más calmada.

— Sí, tendré valor — manifestó, bajando la voz —. Todo lo haría por él. Le daría hasta mi vida, si fuera necesario. Pero te confieso, Vania, que me resulta terriblemente dolorosa la idea de que en este mismo instante se encuentre en casa de ella, de que me ha olvidado,

que se sienta a su lado, le habla y se ríe, igual que hacia cuando estaba aquí, ¿recuerdas? No sentirá preocupación alguna al pensar que estoy aquí, contigo...

Interrumpióse de pronto y me miró llena de desesperación.

— ¿Cómo es eso, Natacha? Si hace unos instantes me estabas diciendo que...

— Primero que vuelva conmigo, y luego nos separaremos — aseguró con mirada llena de pasión —. Yo le bendeciré, Vania. Si no, ¡qué tortura será para mí pensar que pueda ser él quien primero empiece a olvidar...! No me entiendo a mí misma... A veces pienso las cosas de un modo, y en el momento de querer llevarlas a cabo, todo me resulta diferente. ¿Qué puedo hacer?

— Tranquilízate, Natacha.

— ¡Y ya van cuatro días sin que aparezca! Hora tras hora, minuto tras minuto, durmiendo, soñando, sólo pienso en él. ¡Vamos! Quiero ir junto a él. ¡Llévame!

— ¡Natacha, cálmate!

— Sólo te esperaba para esto, Vania. Hace ya muchos días que estaba dando vueltas y más vueltas a la idea. A esto me refería en mi carta. Tú no podrás negarme ese favor, Vania. Allí..., ¡allí está él!

Parecía estar trastornada. En ese momento oí voces en el vestíbulo, y me pareció que Mavra discutía con alguien.

— ¡Escucha, Natacha! — le dije —. Ha llegado alguien. ¿Lo oyes?

Aunque palideció aún más, un gesto de escepticismo cruzó su rostro.

— ¡Cielo santo! ¿Quién podrá ser? — exclamó con voz ahogada.

Corré hacia el vestíbulo, a pesar de que ella había tratado de retenerme. No me había equivocado en mis presentimientos: allí estaba Aliocha. Se hallaba con Mavra, que no le permitía entrar.

— Vaya, ¿de dónde venimos? — preguntaba la criada,

con aire autoritario, como si fuera la dueña de la casa —. ¿Por dónde hemos estado rondando? Lo que es a mí no me engaña usted. Pero pase, a ver qué tiene que decir.

— No creas que me das miedo — declaró Aliocha, manifiestamente turbado —. A mí nadie me asusta.

— Allá usted. ¡Qué desfachatez!

— No, nada de eso. Dios sabe bien que no he cometido ninguna falta. Si acaso me crees culpable, ahora mismo verás cómo me justifico.

Acercóse a la puerta, y aparentando más confianza de la que sentía, dijo:

— ¿Puedo entrar, Natacha?

No hubo respuesta.

— ¿Le ocurre algo? — me preguntó con inquietud.

— No lo creo. Hace un instante estaba ahí. Aunque quizás...

El joven abrió suavemente la puerta y paseó una tímida mirada por la estancia. Parecía no haber nadie. Hasta que de repente, entre la ventana y el armario, la descubrió en un rincón, tratando de esconderse, más muerta que viva. Aliocha se acercó con timidez y la saludó algo inquieto. A juzgar por su turbación, ella parecía la culpable.

Aun hoy, al recordar lo sucedido, me cuesta no sonreír. Aliocha le dijo con voz insegura:

— Natacha, buenas noches. ¿Qué te pasa?

Ella siguió sin contestar.

— Escúchame, Natacha; seguramente me crees culpable, y la verdad es que no lo soy. Mira, voy a explicártelo todo. Ya verás como...

Pero ella no le dejó seguir hablando.

— ¿Para qué me vas a dar explicaciones? De nada valdrían. Dame la mano, y que todo concluya como de costumbre.

Entonces salió de su escondrijo, baja la mirada, como si la atemorizase enfrentarse con él.

— ¡Dios santo! — exclamó el joven, con vehemencia, mientras se volvía hacia mí —. ¿Cree usted que si fuera culpable me atrevería yo a mirarla? ¿Se da cuenta? Ella cree que he cometido una falta, pues todas las apariencias están contra mí, y parecen acusarme. Estuve cuatro días sin venir por aquí, y sabe que me iba a ver a mi prometida. Sin embargo, me perdonó. Me dice que le dé la mano, y que olvidemos lo ocurrido. Pero no, Natacha, ángel mío, soy inocente, de nada tengo que acusarme.

— Sin embargo — dijo ella —, en este momento tenías que estar allí. ¿Por qué viniste? ¿Qué hora es?

— Las diez y media. Yo estaba allí, en efecto, pero dije que me encontraba indisposto y me marché. Despues de cuatro días es la primera vez que me veo libre, que puedo huir de ella para volver a tu lado. Ciento que hubiera podido venir antes, pero lo dejé para más tarde con toda intención. Ya te lo contaré. ¡Lo que sí puedo asegurarte es que en esta ocasión no tengo nada, nada absolutamente de qué culparme!

Esperaba que lanzaran algunas exclamaciones, como en veces anteriores, y que se abrazasen estrechamente, como solían hacer en sus reconciliaciones; pero no sucedió así. Natacha, como abrumada de felicidad, apoyó la cabeza en el hombro del joven y lloró en silencio. Aliocha no pudo resistirlo más, y en un arrebato de emoción se arrodilló ante ella y empezó a besarle las manos.

Entonces aproximé una silla a Natacha, y ella tomó asiento. Había notado que sus piernas apenas podían sostenerla.

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO PRIMERO

Pocos instantes después, los tres nos reímos llenos de gozo.

— ¡Callad! Dejadme que os cuente lo que ha pasado — dijo Aliocha, tratando de ahogar nuestras risas con su voz sonora —. Seguramente os creéis que es lo de siempre, que os diré alguna tontería, ¿eh? Pues no, estáis en un error. Voy a contáros cosas sumamente interesantes. Pero, ¡callaos de una vez!

Le veíamos impaciente por relatarnos lo sucedido. Parecía tratarse de asuntos importantes, pero su forzada seriedad le daba un aspecto tan cómico que sólo lograba provocar aún más nuestra risa. Indignado, puerilmente desesperado, Aliocha nos había puesto en tal estado de ánimo que con sólo hacer un gesto nos hacía destornillar a fuerza de carcajadas.

Mavra, que salía de la cocina, se paró ante la puerta y nos miró sombríamente, lamentando que Natacha no hubiera echado de la casa a Aliocha, y que encima estuviéramos celebrándole las ocurrencias. Por último, al ver Natacha que estábamos haciendo enfadar de verdad a Aliocha con nuestras risas, volvió a ponerse seria.

— Y bien, ¿qué tienes que contarnos? — inquirió.

— Qué, ¿no sirvo el té? — le interrumpió Mavra, sin ninguna consideración.

— Vamos, Mavra, déjanos — repuso Aliocha, mientras la despedía con un ademán —. Os contaré lo que ha pasado, y también lo que va a suceder. Estoy perfectamen-

te enterado de todo. Comprendo que queréis saber dónde estuve estos días pasados; pues bien, os lo diré, pero os ruego que no me interrumpáis. En primer lugar, Natacha, debo decir que te engañaba. Eso es muy importante.

— ¡Dices que me mentías!

— En efecto, desde hace un mes. Ahora ya lo puedo decir todo. Hace un mes me escribió mi padre una larga carta, que yo no te enseñé. El tono era tan serio que llegó a asustarme. Aseguraba que mi boda había quedado resuelta, que mi prometida era una joven admirable, y que no era merecedor de tomarla por esposa. A fin de prepararme para la vida de casado, en primer lugar tenía que olvidar mis antiguas locuras. Bueno, ya sabéis a qué locuras se refiere. De esta carta, como os digo, no os conté nada.

— Claro que nos lo dijiste — le atajó Natacha —. No presumas de discreto, porque nos lo contaste todo inmediatamente. Aún te recuerdo dando vueltas a mi alrededor, solícito y cariñoso, como queriendo que te perdonase algo. El caso es que, poco a poco, nos explicaste todo lo que decía la carta.

— No puede ser. Bueno, de todos modos tengo la seguridad de que no os conté lo más importante. Quizá lo hayáis adivinado, pero sé que yo no lo conté. Lo mantuve en secreto, y bien sabe Dios lo que eso me ha dolido.

— Yo también me acuerdo, Aliocha — tercé mientras miraba a Natacha —, que en aquel momento empezó usted a pedirme consejos acerca de algunas situaciones que presentaba como meras conjeturas, y que poco tenían que ver con lo que estábamos hablando.

— Lo cierto es que lo contaste todo — confirmó Natacha —, así que no vengas dándote importancia. ¿Es que puedes callarte algo? No, la astucia no se hizo para ti. ¿No es cierto que tú también lo sabes, Mavra? Hasta ella te conoce.

— Sí, claro que lo sé — contestó la criada, asomándose a medias por la puerta —. Lo dijo todo en los primeros días, y ahora pretende hacer de eso un misterio.

— Vaya, no es posible hablar secretamente con vosotros. Tú lo dices para vengarte, Natacha, y en cuanto a ti, Mavra, te equivocas por completo. Y aunque lo contase, no sería más que una parte. Sí, me parece que lo recuerdo. Sin embargo, el tono, que era lo más importante, ése no sabíais cómo era.

— Y bien, ¿cómo era ese tono? — preguntó Natacha, realmente intrigada.

— Mira, Natacha, no sé si te estás burlando de mí. Pero no debes tomarlo a broma. Esto tiene una gran trascendencia, es algo muy serio. Puedo asegurarte que en toda mi vida nunca se dirigió mi padre a mí de esa forma.

— Bien, bien, cuéntalo todo de una vez. ¿Por qué te callaste eso?

— Para que no te preocuparas, pues esperaba poder arreglarlo todo. Pero a poco de recibir la carta, una vez llegado mi padre, comenzaron mis problemas. Tenía yo la intención de contestarle claramente, con decisión, pero no encontraba la oportunidad. El, astuto como siempre, no me decía nada. Se comportaba como si el asunto estuviera solucionado definitivamente, y entre nosotros ya no pudiera surgir discusión alguna. Es demasiado optimista. Conmigo, por otra parte, se portaba con gran amabilidad y ternura, y ello me tenía muy asombrado. ¡Qué inteligente es! ¡Ah, si le conocierais como yo le conozco! Todo lo sabe, y con ver a una persona le basta para conocer sus pensamientos como si fueran los propios. Natacha se disgusta cuando le alabo. No te enfades, Natacha. El caso es que al principio no me daba dinero, pero ayer cambió la cosa. Natacha, vida mía, se acabaron nuestros apuros. Ten, mira; lo que había retenido de mi pensión durante seis meses, para castigarme, me lo dio todo junto ayer. Fijaos cuánto

dinero, ni he tenido tiempo de contarlo. Oye, Mavra, cuenta ese dinero. Ya no tendremos que empeñar más cubiertos de plata.

Al decir esto, Aliocha extrajo un grueso fajo de billetes del bolsillo —serían más de mil rublos—, y lo tiró encima de la mesa. La criada, con mirada codiciosa, pronunció frases de elogio. Por su parte, Natacha le pidió que siguiera hablando.

—Se me presentó el primer problema —continuó diciendo el joven—. ¿Qué podía hacer? ¿Debía enfrentarme con él? Os aseguro que si mi padre llega a portarse mal, no lo habría dudado un momento. Sin más rodeos le habría hecho saber que ya no soy un chiquillo. De verdad, no me hubiese dejado convencer. Y sin embargo, al proceder tan generosamente como lo hizo, ¿qué iba a hacer yo? No, no me eches la culpa, ya veo que estás enfadada, Natacha. Pero, ¿por qué os miráis así? Ya sé, seguramente pensáis que de buenas a primeras me ha cazado, y que no me queda nada de resolución, ¿no es cierto? Pues tengo más de la que creéis, y lo prueba el que, pese a mi situación, pensé inmediatamente: «Debo contárselo todo a mi padre, absolutamente todo». Y así lo hice, en efecto. El me escuchó hasta que hube terminado.

—¿Y qué fue lo que le dijiste? —inquirió Natacha, con inquietud.

—Le dije que no quería otra novia, puesto que te tenía a ti. Bien, en realidad no se lo expresé tan claro, pero le he preparado para decírselo mañana. De todos modos, le aseguré que sería una bajeza casarse por dinero, y también le dije que me parecía una necedad el tenernos por aristócratas. Todo se lo expuse con la misma franqueza que si estuviera hablando con un hermano; incluso le manifesté que yo integraba el «tercer estado», y que el *tiers état c'est l'essentiel*; que me siento orgulloso de ser igual que cualquiera, y que no deseo ser más que nadie. En definitiva, que le planteé mis

puntos de vista con toda sinceridad. Claramente, le pregunté luego: «¿Por qué debemos considerarnos como príncipes? Tal vez porque nacimos con el título, pero lo cierto es que no tenemos principado alguno. No nos sobra el dinero, y éste es muy importante. En los tiempos que corren, los verdaderos príncipes son los hombres como Rothschild. Si, eso es lo cierto; y además, en el gran mundo ya casi nadie habla de nosotros. El único que ha aireado algo nuestro apellido es mi tío, Simón Valkovski, al que, si alguien conoce en Moscú, fue por derrochar allí el escaso dinero que aún conservaba la familia. De no haber amasado su padre un poco de oro, sus nietos serían labriegos, como ya lo son algunos príncipes de origen. En fin, que ninguna razón tenemos para sentirnos orgullosos de nuestra situación». ¿Me creéis si os digo que no me contestó una sola palabra? Pues así fue. Lo único que me recriminó fue haber abandonado la casa del conde Nainski; después me aconsejó que procurase hacerme simpático a la princesa K..., mi madrina, pues si ella me favorecía con su protección, habría dado un gran paso en beneficio de mi porvenir, y en todas partes me acogerían espléndidamente. Los dos procuramos obrar con astucia; tratamos de embaucarnos y nos espiamos mutuamente.

—¿Y en qué quedó todo? ¿Qué decisión tomó al fin? Eso es lo importante, Aliocha. ¡Charlas demasiado!

—¡Cualquiera sabe lo que habrá decidido mi padre! Y eso de que soy un charlatán, no es verdad, puesto que hablo con toda seriedad. No me dijo una palabra sobre las decisiones que iba a tomar. En esa ocasión no me contestó nada a mis argumentos. Tan sólo sonrió como si me compadeciera, y por fin dijo: «Opino igual que tú; pero ahora vamos a casa del conde Nainski, y allí te cuidarás mucho de hablar como lo has hecho, porque si yo soy capaz de entenderte, él, en cambio, no te comprendería». Debo advertir que a mi padre no le acogen bien en todas partes, y que hay sitios donde hasta le

hacen el vacío. El caso es que el conde me recibió con altanería, como si hubiese olvidado que yo me había criado en su casa. Me consideraba poco menos que como un ingrato, y lo cierto es que no tengo nada de eso. Pero en su casa se muere uno de aburrimiento, y por ello dejé de ir. También se mostró bastante frío con mi padre. La verdad es que yo no volvería a verle, si me tratara como le trató a él. Francamente, me indigna ese proceder, que obliga a mi padre a humillarse ante el conde. Sé que todo eso lo hace por mí, pero yo no lo necesito. Poco faltó para que le dijera todo esto a mi padre, pero logré contenerme. ¿Por qué motivo se lo iba a decir? No le hubiera hecho cambiar de opinión, y sólo habría contribuido a aumentar sus penas. De ahí que me decidiese a ser taimado, más que todos ellos, obligando al conde a que me tuviese en cuenta, recuperando su estimación. Aunque os cueste creerlo, en seguida conseguí lo que me proponía. En veinticuatro horas el conde cambió de actitud hacia mí y se mostró increíblemente amable. Todo esto, desde luego, lo hice yo solo, ya que mi padre no ha intervenido para nada.

— Me parece que harías mucho mejor si hablas de lo nuestro, en vez de contarnos tus hazañas con el conde — le interrumpió Natacha, impaciente —. A mí me importa muy poco ese famoso conde.

— ¿Quién dice que no nos interesa? ¿Lo ha oído, Iván Petrovitch? Pues no obstante, hay algo importísimo. Verás como todo lo entiendes ahora, Natacha. Pero es necesario que me dejes hablar sin interrumpirme; puede que en ocasiones no sea juicioso y actúe neciamente, pero esta vez supe poner de manifiesto una gran perspicacia, y diría que hasta obré con talento.

— ¿Por qué dices eso, Aliocha? ¡Qué disparate! — exclamó Natacha, a la que disgustaba que su amante se acusara de tonto. Ya en algunas ocasiones se había enfadado conmigo porque le demostré que él había hecho alguna necedad.

En ese aspecto, Natacha se mostraba muy puntillosa, y no aceptaba críticas, por más que reconociese interiormente que la capacidad de su galán no era más que mediana.

— No debieras decir esas cosas — insistió —. Eres algo atolondrado, y eso es todo. ¿A qué viene rebajarte tú mismo como lo haces?

— Está bien, callad, dejadme proseguir. En cuanto salimos de la casa del conde, mi padre se puso furioso contra mí. Luego fuimos a saludar a la princesa. Lo único que sabía de ella es que era una anciana que cheaba ya de puro vieja, que apenas oía y que cuidaba con todo amor de sus perros, a los que tiene por manadas. No obstante, influyó decisivamente en los medios sociales, hasta tal punto que el conde Nainski, a pesar de su altivez, se veía obligado a hacer antesala cuando iba a verla. Mientras nos dirigíamos hacia su casa yo tracé mi plan de ataque, apoyándome en la virtud que tengo de hacerme querer de los perros. No sé si será un magnetismo especial, o que los animales se dan cuenta de que los quiero, pero lo cierto es que me adoran. Ah, y a propósito de magnetismo, hace poco estuvimos en casa de un médium; nos reunimos para evocar a los espíritus, y os aseguro que es algo muy curioso. Yo llamé al espíritu de Julio César.

Natacha no pudo reprimir una carcajada y manifestó:

— ¡Vaya ocurrencia! ¿Por qué tenías que evocar justamente a Julio César?

— Es que... Bueno, a alguien tenía que llamar; además, no sé qué mal hay en invocar a Julio César. Está bien, si te hace gracia, sigue riéndote.

— No, no, claro que no hiciste mal llamando a Julio César. Pero cuéntanos, ¿qué te dijo Julio César?

— Lo que es hablar... no habló. Yo había colocado un lápiz sobre un papel, y el lápiz se deslizaba sobre el mismo, escribiendo. Los que estaban conmigo dijeron

que era Julio César el que escribía. Pero yo no creo que fuera verdad.

— ¿Y qué escribió la mano de Julio César? — preguntó de nuevo Natacha.

— Algo que parecía de Gogol. ¡Bueno, deja de reírte de una vez!

— Sí, háblanos entonces de la princesa.

— Lo haré en cuanto dejéis de interrumpirme. Bien, cuando llegamos a su casa, me puse a acariciar a *Mimi*, una perra vieja, antipática y repulsiva, que por si fuera poco ladra y muerde. La princesa le tiene un cariño inmenso, y al verlas juntas uno no sabe cuál de las dos es más vieja. Comencé atracando de bombones a *Mimi*, y al cabo de diez minutos, todo lo más, le había enseñado a que diera la pata, lo que nadie había conseguido en toda su larga vida. ¡No os podéis imaginar el entusiasmo de la princesa! Hasta lloraba de felicidad, y no se cansaba de repetir: «*Mimi, Mimi, dame la patita*». Luego llegó alguien y dijo: «*Mimi, dale la patita; mi ahijado se lo ha enseñado*». Más tarde vino el conde Nainski y también: «*Dale la patita, Mimi*». Y no dejaba de mirarme con los ojos llenos de lágrimas. ¡Pobre vieja, hasta me daba lástima! Pero yo tenía que seguir conquistándola. Sobre una repisa de la habitación vi un retrato suyo de cuando era muchacha, o sea de hace unos sesenta años, por lo menos. Lo cogí, y como si ignorase quién era, empecé a exclamar: «*Quelle charmante peinture! ¡Es el ideal de la hermosura!*» No os exagero si os digo que parecía derretirse literalmente, cuando yo decía aquellas frases.

»Después empezó a hacerme mil preguntas; quiso saber dónde había estudiado y con quién vivía. Alabó mi pelo, y yo, que sabía que la tenía ya en un bolsillo, le conté una historieta picaresca, pues sé que le gustan mucho. Me amenazaba con un dedo, pero no dejaba de reírse a carcajadas... Al despedirnos me dio un beso, me bendijo haciendo la señal de la cruz sobre mi frente,

y me pidió que fuera a distraerla un poco todos los días. El conde también me estrechó la mano rezumando afecto, y en cuanto a mi padre, que aunque no lo creáis es el hombre más noble y honrado del mundo entero, lloraba de alegría cuando volvimos a casa. Me abrazó y me hizo misteriosas revelaciones concernientes a mi porvenir, a las relaciones, el amor y el dinero, aunque de todo ello no entendí una sola palabra. Luego me dio el dinero que ahí veis. Esto sucedió ayer, y mañana tengo la intención de regresar a casa de la princesa. Sí, como os decía, mi padre es el caballero más noble que existe, y si trata de alejarme de ti, Natacha, es porque le encandilan los millones de Katia, unos millones de los que por desgracia tú careces. Ese dinero lo desea para mí. Si es injusto contigo es porque no te conoce. Por otra parte, ya sabemos que los padres siempre quieren la felicidad de sus hijos. Él no tiene la culpa si le han hecho pensar que la dicha sólo se consigue con dinero. Eso es lo que creen todos los que viven como él. Tenéis que considerarle desde ese punto de vista; entonces terminaréis por darle la razón. El caso es, Natacha, que he venido especialmente a contarte todo eso. Comprendo que tengas ciertos recelos en relación con mi padre. Pero no es tuya la culpa, y no puedo criticarte.

— Entonces — declaró al fin Natacha —, todo lo que has logrado fue entrar con buen pie en casa de la princesa, ¿verdad? A eso le llamas astucia?

— No, claro que no. Apenas he empezado... Si hablé de la princesa fue porque a través de ella pretendo ganarme el favor de mi padre. De todas formas, todavía me falta contarte lo más importante.

— ¿A qué esperas, entonces?

— Precisamente hoy me sucedió algo realmente extraño, tanto, que aún no he salido de mi asombro. Debéis saber que si bien mi boda es una cuestión decidida entre mi padre y la condesa, todavía no hay nada oficial, de modo que podrían romperse las relaciones in-

mediatamente, sin que se produzca ningún escándalo. Pero voy a lo más importante: conocí a Catalina el año pasado, pero no supe ver nada en ella porque yo aún era un chiquillo, y no era capaz de comprender...

— No es eso — corrigió Natacha —. Lo que sucede es que entonces me querías; ahora, en cambio...

— No me interrumpas, Natacha — dijo Aliocha, lleno de impaciencia —. Estás equivocada, y me ofendes. No quiero contestarte. Ahora escúchame y lo comprenderás todo. Sé que pensarias de modo muy distinto si llegaras a conocer a Katia. No sabes la bondad que hay en su alma, la pureza de su espíritu. Pero vas a darte cuenta por lo que voy a contarte. Hace quince días, cuando mi padre me llevó a casa de ella, me dediqué a observarla con atención. Noté que también ella me miraba. Sentí curiosidad, y un verdadero afán de conocerla a fondo, deseo que había sido suscitado por la carta de mi padre que tanto me impresionara. No voy a entonar una serie de alabanzas en su honor, sólo diré que constituye una excepción en el medio en que vive. Se trata de un carácter fuera de lo corriente, posee un alma limpia y fuerte, cuya fortaleza reside justamente en su pureza y rectitud, y es eso lo que hace que a su lado me sienta como un niño, como un hermano menor, aunque no tiene más que diecisiete años. Por otra parte, me he dado cuenta de que parece estar muy triste, como si guardase algún secreto. Me da la sensación de que teme a mi padre y que no quiere a su madrastra. Siempre está silenciosa, como si temiera hablar. La condesa, por su parte, cuenta a todos que su hijastra la quiere con locura, pero eso es mentira. No sé realmente lo que trata de conseguir con ello. Katia hace todo lo que le manda, como es lógico, pero se advierte en ella un gesto resignado, como algo forzado. Después de haber madurado mi plan, hoy, al cuarto día de iniciadas mis observaciones, decidí poner en práctica mi proyecto, y así lo hice esta noche. Deseaba contarle todo a Katia,

confesarle lo que ocurre y acabar de una vez, luego de ganarla para nuestra causa.

— Pero, ¿qué ibas a decirle? ¿Qué tenías que confesarle?

— Absolutamente todo — contestó Aliocha —. Y agradecí a Dios el que me haya inspirado. Oídme, hace cuatro días decidí separarme de vosotros para ver si yo solo podía arreglar la situación. De haber permanecido a vuestro lado habría estado vacilando continuamente, sin tomar una decisión que valiese la pena. En cambio, si me hallaba solo, me sentiría impulsado a actuar para resolver el asunto como pudiera. Hice acopio de valor, y pude llegar hasta el fin. Yo mismo me propuse no venir a veros hasta que no hubiera resuelto algo, y como ya lo he conseguido, aquí me tenéis.

— ¿Qué has conseguido? Cuenta, cuenta.

— Es muy sencillo; me entrevisté con Katia y le hablé resueltamente, con honradez. Sin embargo, quiero contáros un suceso anterior a esto, que me dejó muy impresionado. Antes de salir de casa, mi padre recibió una carta. En ese momento iba yo a entrar en su despacho, y me detuve en la puerta. Él no se había dado cuenta, y el caso es que la lectura de la misiva le hizo hablar solo. Lanzó exclamaciones, dio vueltas incansablemente por la habitación, y de pronto lanzó una carcajada, mientras agitaba el papel en la mano. Yo no sabía por qué, pero era evidente que mi padre estaba lleno de contento. Al verme se dirigió a mí de un modo extraño, y luego me dijo que me preparase para salir, lo cual me extrañó ya que aún era muy temprano. Al llegar, no había nadie en casa de la condesa. Mintió quien te dijo que se celebraba allí una velada, Natacha.

— Por favor, Aliocha, déjate de divagaciones y cuéntanos lo que le dijiste a Katia.

— Por suerte pude estar a solas con ella dos horas largas. Con nobleza, pero claramente, le dije que a pesar de la boda que se había proyectado para ambos, ésta

no podría realizarse. Era absolutamente imposible, y yo quería hablar con ella porque era la única persona que podía salvarme. Entonces le confesé todo. Katia des-  
conocía nuestras relaciones, Natacha, y se sintió sumamente impresionada. La vi palidecer mucho. Luego le conté lo nuestro, la forma en que te habías marchado de casa de tus padres, cómo íbamos viviendo y nuestro suplicio. Le dije que tememos a todo y que recurrimos a ella (yo en nombre tuyo, claro está) confiados en que se pusiera de nuestra parte y dijera a su madrastra que no deseaba casarse conmigo. Esa era nuestra única esperanza. Me escuchó llena de simpatía e interés. ¡Si hubieras visto su mirada en aquel momento, Natacha, parecía que el alma se le asomaba a los ojos! Me dio las gracias por la confianza que le demostraba, y dijo que haría por nosotros cuanto pudiera. Después me hizo preguntas sobre ti, y declaró que se sentirá muy contenta si puede conocerte. Asegura que te quiere como a una hermana, y desea que tú la quieras a ella de la misma manera. En cuanto supo que hacía cuatro días que estaba sin verte, me pidió encarecidamente que volviera contigo cuanto antes.

Era evidente que la emoción se había apoderado de Natacha.

—No sé cómo has podido contar primero esas tonterías de la princesa sorda— le replicó Natacha —. Y dime, al separarte de Katia, ¿se quedó contenta?

—Lo cierto es que se sentía satisfecha de poder realizar una buena acción, pero de todos modos no podía contener el llanto. Y es que debo decírtelo, Natacha, pero ella también me quiere. Me contó que empezó por sentir aprecio hacia mí (ella no ha tratado a ningún joven), y que yo le gustaba desde hacía mucho tiempo. Pero más que otra cosa, lo que la impulsó a fijarse en mí fue la hipocresía que la rodea. Por último se levantó y me dijo: «Dios te guíe, Alejo Petrovitch; deseo que...» Pero no pudo terminar, rompió en sollozos y se marchó

sin decir nada más. Quedamos de acuerdo en que mañana dirá a su madrastra que no desea casarse conmigo, al tiempo que yo se lo confesaré a mi padre, con valor y energía. Katia me reprochó que no le hubiera confesado eso anteriormente. «Un hombre honrado no debe temer a nada», me dijo. Es la persona más noble que puede concebirse. En cuanto a mi padre, no le resulta simpático. Afirma que es un perillán, que sólo va tras el dinero. Yo le defendí, como es lógico, pero no quiso escucharme. Si mañana no logro convencer a mi padre (y Katia cree que no lo conseguiré), según ella debo colocarme bajo la protección de la princesa K, puesto que nadie osará enfrentarse con ella. Katia y yo prometimos ser como hermanos. ¡Ah, si supieras de su vida, Natacha, de lo desdichada que es, y lo que le afea vivir con su madrastra, en un ambiente lleno de hipocresía...! La verdad es que esto no me lo ha dicho francamente, pues parecía temerme a mí también; de todos modos yo lo deduje por algo de lo que me contaba. Si te conociera, Natacha, estoy seguro de que sentiría una gran admiración por ti. Posee un corazón de oro. Estoy seguro de que nacisteis para ser hermanas, y que terminaréis profesándoos afecto. Lo digo en serio, Natacha, me gustaría veros juntas, y estar siempre a vuestro lado. Sí, déjame que te hable de ella; si bien es cierto que ahora lo hago, cuando estoy a su lado no hago más que hablar de ti. Tú sabes de sobra que te amo como a nadie, más que a ella, incluso... Natacha, ¡tú lo eres todo para mí!

En silencio, con mirada dulce y triste a la vez, Natacha contemplaba al joven. Sus palabras eran para ella como una caricia dolorosa.

—Hace ya tiempo, quince días por lo menos, que me he formado un concepto de Katia— prosiguió diciendo Aliocha —. Al volver a casa, después de hablar con ella, pensaba en las dos y os comparaba.

—Bueno, ¿cuál de las dos salía ganando? —inquirió Natacha, sonriente.

— Ella, a veces, pero casi siempre tú. Cuando estoy a tu lado, me doy cuenta de que me hago mejor persona, que soy más inteligente, más noble y razonable. En fin, mañana se resolverá todo.

— ¿No tienes lástima de ella? Dices que te quiere, que tú mismo lo notaste.

— Desde luego que la compadezco; pero todos nos querremos, y entonces...

— Entonces «adiós» — murmuró Natacha, como hablando consigo misma.

El joven la miró extrañado.

En ese momento la conversación se interrumpió inesperadamente. Se oyó un rumor de voces procedente de la cocina, que daba a la escalera. Parece que había llegado alguien. Casi en seguida, Mavra abrió la puerta e hizo algunas señas a Aliocha. Todos nos volvimos hacia la criada.

— Preguntan por usted — dijo Mavra, con entonación misteriosa —. ¿Puede venir un momento?

— ¿Quién puede ser, a semejantes horas? — manifestó Aliocha, mirándonos con inquietud —. Un momento, en seguida vuelvo.

El lacayo del príncipe estaba en la cocina. Cuando regresaba a su casa, el príncipe había ordenado que se detuviera el coche delante de la casa de Natacha, y mandado preguntar si su hijo se encontraba allí.

— Esto es extraño — declaró Aliocha, desconcertado, cuando regresó a la habitación —. Es la primera vez que pasa. ¿Qué querrá decir esto?

Natacha parecía dominada por una manifiesta zozobra. De pronto se presentó Mavra en la puerta, de nuevo, y dijo precipitadamente:

— Viene el príncipe.

En seguida dio media vuelta y desapareció.

Natacha se puso en pie, con el semblante muy pálido

y los ojos brillantes. Tuvo que apoyarse en la mesa, intensamente turbada, y clavó los ojos en la puerta por donde debía aparecer la inesperada visita.

— No debes temer nada — dijo Aliocha, que aunque estaba asombrado no había perdido la calma —. Estoy junto a ti, y no permitiré que te ofendan.

Abrióse la puerta en ese momento, y apareció el príncipe Valkovski.

## CAPÍTULO II

El príncipe nos observó con rapidez y atención, aunque no podíamos precisar si llegaba como amigo o enemigo. Desearía describir con detalle su aspecto, que aquella noche me produjo una honda impresión.

Yo ya le conocía de antes. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con rostro de facciones regulares y atractivas que cambiaban de expresión según las circunstancias, a veces intempestivamente, pasando del gesto de ira al de alegría con una precisión singular. El perfecto óvalo de su semblante moreno, los blancos dientes y finos labios; la nariz, recta y alargada, la despejada frente, sin arrugas, y los ojos grandes y grises, hacían de él un hombre sumamente apuesto. No obstante, aquel rostro producía en seguida una impresión desagradable; repelía, pues daba la sensación de algo fingido, de algo que no le pertenecía, sino que era prestado, estudiado, que jamás reflejaría sus verdaderos sentimientos.

Después de mirarle despacio, se daba uno cuenta de que tras aquella máscara se ocultaba una persona astuta, cruel y egoísta. Lo que más llamaba la atención en él eran sus grandes y hermosos ojos grises. Daban la sensación de que eran lo único que el príncipe no podía someter del todo a su voluntad. Hasta cuando quería mirar con afecto y amabilidad, su mirada parecía desdoblarse, y con los reflejos amables y cariñosos se mezclaban otros altivos, suspicaces, interrogantes. Elegante,

alto y bien proporcionado, aparentaba menos edad de la que tenía. En su cabello, sedoso y de color castaño, se veían ya algunas canas. Sus orejas, manos y pies, poseían una finura aristocrática. Iba vestido con elegancia y refinamiento, y poseía cierta prestancia juvenil que le favorecía. Hasta podía habersele considerado como el hermano mayor de Aliocha. Al menos, nunca le habrían tomado por padre de un joven que había pasado la adolescencia.

Avanzó el príncipe hacia Natacha, y observándola con atención le dijo:

— Mi llegada a su casa, a estas horas y sin haberme hecho anunciar, es desusada e incorrecta. Tengo plena noción de lo poco normal de mi conducta; pero sé con quien estoy hablando, y me he enterado de que es usted comprensiva y generosa. Si me concede unos pocos minutos, estoy seguro de que llegará a comprenderme, y aprobará mi forma de actuar.

Sus palabras traslucían cortesía, pero las dijo con toda firmeza.

— Por favor, tome asiento — declaró Natacha, sin librarse del temor que sentía.

Hizo el príncipe una ligera reverencia, y tomó asiento.

— En primer lugar, permítame que diga dos palabras a mi hijo — manifestó, y dirigiéndose a Aliocha agregó —: Apenas te habías marchado, sin despedirte de mí, cuando nos avisaron que Catalina Fiodorovna estaba enferma. Se disponía la condesa a ir junto a ella, cuando llegó la propia joven, agotada y víctima de una gran excitación. Nos dijo que no podía ser tu esposa y que estaba decidida a ingresar en un convento; que tú le confesaste que amabas a Natacha Nicoláievna, y que por tal motivo le habías pedido ayuda. Aquella asombrosa declaración fue sin duda provocada por la confesión que le hiciste; la joven estaba totalmente trastornada. Puedes imaginarte mi sorpresa y desagrado. Cuando pa-

saba por delante de su casa — volvió el príncipe a dirigirse a Natacha —, vi luz en las ventanas, y se hizo más fuerte en mí cierta idea que me viene persiguiendo hace ya bastante tiempo, y no resistí el impulso de presentarme en esta casa. Usted se preguntará el motivo, seguramente. En seguida se lo diré, pero antes debo pedirle que no se extrañe ante la excesiva sinceridad de mis palabras. Le aseguro que todo esto es para mi realmente inesperado.

— Espero que podré comprenderle — repuso Natacha, dudando —, y que sabré apreciar como es debido lo que usted me diga.

— Contaba con su perspicacia. Al arriesgarme a subir lo hice justamente porque me daba cuenta de la persona con la que iba a tratar. La conozco desde hace mucho tiempo, aunque al principio me comportase con usted de manera injusta. No ignora que hay viejas dissensiones entre su padre y yo. Sería inútil que tratase de justificarme, aunque diré que quizá haya sido menos justo con él de lo que pensaba. Si las cosas han sucedido de esa forma, ello se debe a que me han engañado. No niego que soy una persona desconfiada, y que con mayor facilidad creo en el mal que en el bien. Sé muy bien que es una particularidad bastante desagradable y propia de espíritus crueles. El caso es que tengo por costumbre disimular mis defectos. Presté oídos a las calumnias que se decían, y cuando usted se marchó de casa de sus padres, temí por Aliocha.

»Por aquel entonces aún no la conocía a usted, y las averiguaciones que he ido haciendo me han devuelto la tranquilidad poco a poco. Después de observarla con atención, me di cuenta de que mis temores no tenían fundamento. Me he enterado de que estaba usted disgustada con sus familiares, y que su padre se niega firmemente a que se case con mi hijo. Además, el hecho de que usted no se haya valido del ascendiente, de la influencia que indudablemente tiene sobre Aliocha, para

forzarle a casarse con usted, es algo que dice mucho en su favor. De todos modos, y no tengo inconveniente en confesarlo, continué con mi decisión de oponerme a toda costa a su posible casamiento con mi hijo. Me doy cuenta de que estoy hablando con sinceridad excesiva, pero creo que es eso lo que debe prevalecer en estos momentos. Una vez que haya terminado de hablar, lo comprenderá usted todo. Después de haberse usted marchado de casa de sus padres, yo me ausenté de San Petersburgo, bastante más confiado respecto a lo que podía ocurrir con mi hijo, porque contaba con el orgullo de usted. Tenía la convicción de que usted no querría casarse si antes no terminaban las desavenencias familiares; sabía que usted no querría turbar las buenas relaciones existentes entre Aliocha y yo, como habría sucedido si se hubieran casado los dos, cosa que yo no le habría perdonado jamás. Además, usted tampoco podía querer que la acusaran de haber ido en busca de un casamiento por conveniencia con un príncipe. Muy al contrario, usted ha llegado hasta a mostrar cierto desdén hacia nuestra familia, y quizás esperó a que yo viniera a pedirle que nos haga el honor de otorgarle su mano a mi hijo.

Después de hacer una breve pausa, el príncipe continuó diciendo:

— En cuanto a mí, no he sido menos obstinado, en mis propósitos. No trato de justificarme, pero le expondré las razones que he tenido. En primer lugar, usted no tiene nombre ni fortuna. Yo poseo eso, sin duda, pero necesitamos más capital del que tenemos. Nuestra familia ha venido a menos, y nos hace falta dinero y buenas relaciones. Aunque la hijastra de la condesa Zenaida Fiódorovna no esté bien relacionada, posee una enorme fortuna. De no haber obrado con prudeza, como lo hicimos, habrían surgido otros pretendientes dispuestos a quitarnos la novia. Era conveniente no desperdiciar tan magnífica ocasión; se hacía

necesario casar a Aliocha, aunque fuera demasiado joven para ello. Como puede ver, soy absolutamente sincero. Por su parte, comprendo que usted mire con desdén a un padre que no niega que, llevado por el interés, impulsa a su hijo a cometer una acción reprobable, pues no otra cosa es el abandonar a una joven generosa que todo lo ha dejado por él y que hasta ha cometido una mala acción. Pero en fin, como he dicho, no estoy tratando de disculparme.

»En segundo lugar, yo tenía deseos de que mi hijo se casara con la hijastra de la condesa, debido a que es una joven de grandes virtudes, digna de toda consideración. Es una muchacha hermosa, educada, de excelente carácter y gran entendimiento, si bien en numerosos aspectos es aún una niña. En cambio, Aliocha no tiene carácter, es atolondrado, vehemente y parece un chiquillo, a pesar de sus veintidós años. Su única virtud, quizás, es que posee un gran corazón, pero esta misma cualidad resulta peligrosa cuando se tienen sus defectos.

En la estancia sólo se oía la bien timbrada voz del príncipe, que prosiguió diciendo, seguro de que no le interrumpirían:

— Hace tiempo que vengo dándome cuenta de que mi influencia sobre Aliocha va disminuyendo poco a poco. Los impulsos juveniles le dominan hasta el punto de hacerle olvidar las obligaciones que tiene. Es probable que me ciegue el afecto que le profeso, pero lo cierto es que no puedo retenerle como antes. Lo que Aliocha necesita es una influencia bienhechora y duradera, pues posee una naturaleza sumisa, inclinada al afecto; prefiere obedecer antes que mandar, y sé que no va a cambiar en toda la vida. Comprenderá usted mi gozo cuando hallé en Catalina Fiodorovna el ideal que buscaba. Sin embargo, había llegado tarde; usted ya le dominaba. Al regresar, hace un mes, le observé con atención y noté que había cambiado mucho, y para bien. Ciento que seguía siendo voluble y atolondrado, pero ahora po-

seía mejores aspiraciones, interesándose por cosas más elevadas y nobles que las habituales diversiones. A veces demuestra tener ideas absurdas, pero sus anhelos, sus impulsos, son mejores que antes. Todo ello tiene una gran trascendencia, y reconozco que se lo debe a usted, que le ha reeducado. No voy a negarle que al descubrir todo eso pensé que nadie mejor que usted podía llegar a hacerle feliz; pero inmediatamente alejé de mí ese pensamiento. Tenía que apartarle de usted a toda costa. Inmediatamente me puse manos a la obra, debo confesar que creí haber logrado mi propósito. Hasta hace unas horas me creía triunfante, pero lo sucedido en casa de la condesa acabó con mis ilusiones. No he podido disimular mi asombro al ver a Aliocha correcto y serio, al notar la fuerza, la firmeza del vínculo que le une a usted. Le repito que usted ha contribuido a reeducarle. Pude apreciar que los cambios que se observan en él son de mayor alcance de lo que yo imaginaba. Hoy mismo me dio pruebas de poseer una gran inteligencia. Sí, me ha convencido de que tiene una gran penetración y una elevada delicadeza de sentimientos. Creo que ha elegido el camino más seguro para salir de una situación que consideraba engorrosa. Supo despertar la cualidad más noble del alma humana: la de perdonar y dar bien por mal.

»Aliocha se mostró sincero con la joven que le amaba, y acudió a ella pidiéndole ayuda. Supo pulsar la cuerda del orgullo de una mujer que le quiere, confesándole que había una rival; pero también logró despertar simpatía por esa rival. Obteniendo él perdón y la promesa de una amistad fraterna y desinteresada. Lo cierto es que son muy pocos los que pueden dar una explicación de esa naturaleza, sin herir u ofender. Hasta los más hábiles y astutos se ven incapacitados para ello; sólo los corazones jóvenes y puros, como el suyo, pueden lograrlo. Bien seguro estoy, Natalia Nicolaievna, de que usted no ha intervenido directamente en lo que

ha hecho mi hijo Aliocha, e incluso puede que usted sólo se haya enterado de todo cuando él se lo contó, ¿no es verdad?

— En efecto — contestó Natacha, que tenía enrojecidas las mejillas, mientras que sus ojos relucían extrañamente. Era evidente que la dialéctica del príncipe estaba haciendo su efecto —. No había visto a Aliocha en los últimos cuatro días. Fue él quien pensó todo esto, y el que lo ejecutó.

— No dudo de que así ha sido — aseguró el príncipe —, pero lo cierto es que esa desusada penetración, la fuerza de voluntad que manifiesta, y también su firmeza, le han sido inculcados por usted. Una vez formada mi opinión sobre todo el asunto, decidí, regresar a mi casa, pero al reflexionar, me he sentido con fuerzas para tomar una decisión. Debo admitir que mis planes de boda con la hijastra de la condesa han fracasado, y que no debo siquiera pensar en ellos. De todos modos iban a fracasar indefectiblemente, ya que me he convencido de que usted es la única capaz de hacer feliz a Aliocha; que sólo usted podrá guiarle, y que ya le ha proporcionado los fundamentos de su dicha futura.

«No le he ocultado nada hasta ahora, ni lo callo en estos momentos. Soy partidario acérrimo de todo cuanto signifique prosperidad, posición social y renombre, por más que en el fondo todo eso no son más que aberraciones: pero siento respeto por los prejuicios, y me gusta rechazarlos. No obstante, en la vida se dan circunstancias que pueden más que todas las consideraciones, y el caso es que yo le tengo un gran cariño a mi hijo. En resumen, considero que Aliocha no debe separarse de usted, ya que en ese caso se vería perdido.

Tras una breve pausa, agregó:

— No sé si me creerá usted, pero hace ya un mes que medito profundamente cuánto acabo de decir, pero hasta hoy no llegué a reconocer que la mejor solución era precisamente ésta. Tal vez hubiera sido más corre-

to venir mañana a explicárselo, en lugar de molestarla a semejantes horas de la noche; pero quiero demostrarle la sinceridad con que actúo. No soy ya ninguna criatura, y a mis años no se hace nada sin pensarlo bien antes. Cuando entré aquí, todo lo había considerado y decidido. Comprendo que tardaré bastante en convencerla de mis buenas intenciones. Trataré de empezar en este momento. ¿Sabe usted cuál es el motivo de mi visita?

Nos hallábamos todos pendientes de sus palabras. El príncipe continuó diciendo:

— He venido a saldar una deuda que tengo contraída con usted. Formalmente le pido que no abandone a mi hijo y que le tenga feliz concediéndole su mano. Querría que no viera en mí a un padre inflexible que al fin se decide a otorgar el perdón a sus hijos, contribuyendo magnánimamente a hacerles dichosos. Nada más lejos de mis intenciones. Pensar eso equivaldría a injuriarme. Tampoco crea que yo estaba convencido de su consentimiento, sabiendo lo mucho que se ha sacrificado por mi hijo. Yo mismo soy el primero en reconocer que él no la merece. Si obra con franqueza, también él lo reconocerá así. Pero no es eso sólo lo que tengo que decirle. He venido a estas horas por otra razón.

Con ademán solemne se puso en pie y respetuosamente declaró:

— Estoy aquí para rogar que me conceda su amistad. Comprendo que no tengo derecho a ella, pero le suplico que al menos me permita hacer lo posible por merecerla.

El príncipe se inclinó cortésmente ante Natacha, y aguardó la contestación.

Yo le había estado observando con atención mientras hablaba, y él se dio cuenta del hecho.

Pronunció su discurso fríamente, con alguna amputosidad de orador, y en ciertos momentos evidenció algo de displicencia. El tono con que hablaba no correspon-

dia al impulso que le había llevado a hacer una visita en horas tan desusadas. Sus frases parecían en muchos casos estar preparadas. A veces daba la impresión de ser un personaje ingenioso que procura ocultar con una capa de humorismo y trivialidad los sentimientos que le animan.

Sin embargo, tales observaciones las hice más adelante. En esos precisos instantes, otros eran mis pensamientos. Llegó a pronunciar sus últimas palabras con una expresión de sinceridad y afecto hacia Natacha, tan profundos, que se adueñó de nosotros. Dio la impresión de que algo como una lágrima brillaba en sus ojos. También el noble corazón de Natacha se hallaba cautivado. La joven se puso en pie, y en silencio, transida de emoción, le tendió la mano. El príncipe cogió su mano, y con unción y respeto se la besó. Aliocha estaba entusiasmado.

— ¿Recuerdas lo que te dije, Natacha? — exclamó —. Y no me creías cuando afirmaba que era el hombre más noble del mundo. ¡Pues ya lo ves!

Se arrojó sobre su padre y le abrazó. Éste correspondió efusivo, pero quiso poner fin a la escena rápidamente, como si le avergonzase demostrar su ternura.

— Bueno, basta — declaró, cogiendo su sombrero —. Le he pedido unos pocos minutos, y llevo aquí casi una hora. Sin embargo, me marchó impaciente, deseando verla cuanto antes — agregó con una sonrisa —. ¿Consentirás que la visite con frecuencia?

— ¡Ya lo creo! — repuso ella —. Hágalo siempre que quiera. Desearía poder ofrecerle en seguida todo mi afecto.

— ¡Cuánta nobleza la suya! — exclamó el príncipe, sonriendo de nuevo —. Es muy distinta a la de esos hipócritas que inmediatamente encuentran una fórmula de cortesía. Me satisface más su sinceridad que todas las amables simulaciones. De todos modos, sé que ne-

cesitaré mucho tiempo para hacerme digno de su amistad.

— Por favor, le ruego que no siga dispensándome cumplidos — manifestó Natacha.

¡Qué hermosa se hallaba en aquel momento!

— Perfectamente — concluyó el príncipe —. Permitáme todavía una última palabra. Es una desgracia que no pueda volver mañana ni pasado. Justamente anoche recibí un mensaje urgente de San Petersburgo, por el que me reclaman desde allí en seguida. No crea que si vine aquí a las doce de la noche es porque no podía venir en los próximos días. Bueno, sé que no piensa eso. ¿Ve qué desconfiado soy? ¿Cómo pude creer que podía idear usted tal cosa? Esta desconfianza me perjudica mucho. Acaso todas mis diferencias con su familia no sean más que una consecuencia de mi desdichado carácter. Hoy es martes. Hasta el viernes permaneceré en San Petersburgo, y el viernes regresaré sin falta. Ese mismo día vendré a visitarla. ¿Me consentirá que pase la velada con ustedes?

— ¡Desde luego! — exclamó Natacha —. Estaré esperándole con impaciencia.

— Me llena usted de alegría. De ese modo podré conocerla más a fondo. Bien, me marchó ya, pero antes deseo volver a estrecharle la mano.

Así lo hizo el príncipe, y luego, volviéndose hacia mí, añadió:

— Perdóname si no le he hablado hasta ahora. Tenía tanto que decir... Varias veces tuve el placer de verle y hasta nos habían presentado. Antes de marcharme deseo decirle que me alegra poder reanudar esta relación.

— Es cierto que nos hemos encontrado varias veces — contesté yo, estrechando la mano que me tendía —, sin embargo, discúlpeme, pero no recuerdo que nos hubieran presentado.

— Fue en casa del príncipe R..., el año pasado.

— Ah, perdón. No lo recordaba. Puedo asegurarle que esta vez no sucederá lo mismo. Guardaré un recuerdo memorable de esta velada.

— También yo la recordaré siempre. Hace tiempo que estoy enterado de que es usted un amigo sincero de Natalia Nicolaievna y de mi hijo. ¿Me permiten que de ahora en adelante seamos cuatro los amigos?

Al decir esto último, volvióse hacia Natacha.

— Se lo rogamos — contestó Natacha, hondamente conmovida —. Es usted un nuevo amigo nuestro. Tenemos que unirnos todos firmemente.

La alegría de Natacha se desbordaba, al ver que el príncipe tampoco se había olvidado de mí. ¡Me tenía tanto afecto!

— Entre mis amistades hay varios admiradores suyos — me dijo el príncipe —, y dos admiradoras, que se sentirán muy contentas de conocerle personalmente. Estoy hablando de la condesa y de su hijastra, Catalina Fiodorovna. ¿Me concederá el honor de que le presente a las damas?

— No suelo alternar demasiado, pero le aseguro que el honrado seré yo.

— Le ruego que me dé su dirección. Para mí será un placer...

— No, en casa no recibo, príncipe. Al menos por ahora.

— De todos modos, aunque no merezca el que haga una excepción, iría con gusto.

— Bien, ya que insiste... Vivo en la calle N..., en la casa de Klugen.

— ¿Habita usted en la casa de Klugen? — preguntó asombrado —. ¿Hace tiempo que vive ahí?

— Relativamente poco tiempo. Vivo en el número cuarenta y cuatro.

— Ah, el cuarenta y cuatro. ¿Y vive solo?

— Sí.

— Creo que conozco esa casa. Entonces, con más

razón. Iré sin falta. Tengo mucho que contarle, y creo que usted hará lo mismo. Bueno, debo pedirle un favor. Como puede ver, en seguida empiezo a aprovechar su amistad. En fin hasta pronto. Déjeme que le estreche la mano de nuevo.

Nos dio la mano a Aliocha y a mí, besó de nuevo la de Natacha y se fue sin pedir a su hijo que le acompañase.

Quedamos los tres vivamente emocionados. Todo había pasado tan de improviso... Nos dimos cuenta de que la situación había cambiado en unos pocos minutos, y que se iniciaba algo nuevo, desconocido, en aquel momento.

Acerándose en silencio a Natacha, sentóse Aliocha junto a ella y le besó una mano. De vez en cuando la miraba fijamente, esperando sus palabras.

— Querido Aliocha — dijo ella, al fin —. Mañana mismo debes ir a ver a Catalina Fiodorovna.

— Ya había pensado en eso — dijo él —. Descuida, no dejaré de hacerlo.

— Puede que le resulte muy doloroso verte de nuevo. ¿Crees que será adecuado?

— Es cierto. También se me pasó por la cabeza. En fin, ya lo pensaremos. Lo importante, Natacha, es que todo es ahora distinto para nosotros.

Sonrió Natacha y le contempló largamente, llena de ternura.

— ¡Qué tacto ha tenido! — declaró Aliocha —. Se ha dado cuenta de la pobreza de esta vivienda, y no dijo una palabra.

— ¿Por qué iba a comentarlo?

— Pudo sugerir que te mudases — repuso el joven, enrojeciendo de pronto.

— Aliocha, ¿cómo puedes decir eso?

— No puedo dejar de pensar en lo delicado que se mostró. ¡Y cómo te ha elogiado! Ya te lo dije, es un hombre que puede comprender y sentir todo lo que

pasa a su alrededor. En cuanto a mí, me ha tratado como a un niño. Todo el mundo me considera de esa forma. Al fin y al cabo, es lo que soy, una criatura.

— Puede que seas como un niño, Aliocha, pero tienes más perspicacia que todos nosotros. ¡Mi querido Aliocha...!

— Agregó también que mi buen corazón puede perjudicarme. ¿Por qué lo habrá dicho? No lo entiendo. Dime, Natacha, ¿crees que debo ir con él en seguida?

— Sí, querido. Ve con él; es lo mejor que puedes hacer. Mañana vuelve tan pronto como puedas. Supongo que esta vez no necesitarás estar cuatro días sin venir por aquí.

Esto lo dijo con gesto malicioso, sin dejar de mirarle. Los tres nos sentíamos llenos de un gozo sereno.

— ¿Viene conmigo, Vania? — me preguntó Aliocha, en el momento en que salía.

— No, déjale quedarse un momento. Tengo que hablar con Vania — dijo ella —. Recuérdalo, Aliocha. No te olvides de venir mañana a primera hora.

— Lo recordaré, descuida. Hasta mañana. Adiós, Mavra.

La criada se mostraba profundamente agitada. Había escuchado desde la puerta lo que dijo el príncipe, aunque no pudo entenderlo todo. Anhelaba enterarse y deseaba hacer numerosas preguntas. Adoptó entonces un gesto grave, que llegaba a la arrogancia. Como todos nosotros, no pudo dejar de notar que se había producido un cambio profundo.

Cuando Natacha y yo estuvimos solos, ella me cogió una mano y quedóse así en silencio un buen rato, como si quisiera pensar lo que deseaba decirme.

— Me encuentro agotada — declaró al fin, con voz débil —. Irás mañana a casa, ¿no es cierto?

— Sí, lo haré.

— Puedes contárselo todo a mi madre, pero a él no le digas nada. De todos modos, se enterará aunque no

se le digamos. Trata de recordar lo que diga, por favor. Dios mío, ¿qué pensará de todo esto? ¿Crees que me maldecirá por este matrimonio? No puedo creerlo.

— El príncipe podría arreglar la situación. Tiene que reconciliarse con tu padre. Lo demás vendrá por añadidura.

— ¡Señor, Dios mío, si eso fuera posible! — exclamó Natacha, como en una súplica.

— No temas, Natacha, todo se solucionará. Las cosas ya van saliendo mejor.

Ella me miró fijamente y dijo:

— Dime, Vania, ¿qué te pareció el príncipe?

— Si se expresó con sinceridad, me parece que es un hombre de una gran nobleza.

— ¿Qué dices de su buena fe? ¿Crees que no fue sincero?

— Es lo que yo me pregunto — repuse, y para mis adentros pensé: «También ella sospecha algo».

— Mientras hablaba no dejaste de mirarle.

— Sí, le noté algo extraño.

— También yo. Habla de una forma... Me encuentro agotada, amigo mío. Déjame y ven mañana a verme, cuando puedas contarme lo de mis padres. Otra cosa; ¿te parece que fue incorrecto decir al príncipe que deseaba quererle?

— No creo.

— ¿No habré pecado de ingenua? De todos modos, era como decirle que aún no le quería.

— Te repito que no. Lo que dijiste fue simpático y espontáneo. ¡Estabas espléndida, en aquel momento! El príncipe sería un necio, si no lo entendiera así.

— Tengo la impresión, Vania, de que no te ha resultado agradable. Aunque yo también soy recelosa y mala... No, no te rías, ya sabes que no te oculto nada. ¡Vania, mi querido amigo! Si la desgracia volviera a cebarse conmigo, sé que estarás de nuevo a mi lado,

y tal vez entonces seas el único. ¿Cómo te pagaría yo esto, Vania? Por favor, no me abandones nunca.

Cuando estuve en mi casa, me metí en seguida en la cama. La habitación era húmeda y oscura como una cueva. Me agitaban extrañas ideas y pensamientos, y tardé mucho tiempo en conciliar el sueño.

Pero en aquellos precisos momentos, un hombre que se disponía a dormirse en un cómodo lecho, debía estar riéndose profundamente de nosotros. Eso, si su altivez le permitía semejante desahogo: ¡reírse de nosotros!

### CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, hacia las diez, en el momento en que salía de mi casa para dirigirme a la de los Ikmiev, en Vasili Ostrof, e ir a visitar a Natacha, me encontré en el umbral con mi visitante de la víspera, la nieta de Smith. Sin saber por qué, aquel encuentro me alegró.

La vez anterior no había tenido tiempo de observarla con detenimiento, y ahora podía verla a la luz del día, lo que me dejó asombrado. Difícil me parece que hubiera sido encontrar una chiquilla más extraña, más singular, por lo menos en su exterior. Pequeña, de ojos negros y brillantes, nada delataba en ella un origen ruso. El pelo era también negro, espeso y revuelto. La mirada, tenaz, muda y escrutadora, hubiera bastado para llamar la atención de cualquiera que la hubiese hallado en la calle.

Lo que más sorprendía era la expresión de sus ojos, que brillaban de inteligencia, y en los que al mismo tiempo había algo de recelo y desafío. El sucio y ajado vestidito, parecía aún más desastrado a la luz del día. Parecía estar enferma, pero de una dolencia que arruinara lenta y pertinazmente su menudo organismo. Tenía un color insano, característico de la ictericia. No obstante, a pesar de la miseria que le abrumaba, pese a su enfermedad manifiesta, no era fea. Tenía unas hermosas cejas finamente arqueadas, y también un gesto arrogante, una frente bien conformada y despejada, y labios

de perfecto dibujo, pero tan pálidos que casi resultaban descoloridos.

— ¡Vaya!, conque eres tú — le dije —. Tenía la certeza de que volverías. Bueno, pasa.

Lentamente entró en la habitación, y como el día anterior, miró toda la estancia con gesto desconfiado. Parecía estar tratando de descubrir las modificaciones que había hecho el nuevo inquilino, desde que había muerto su abuelo. Para mis adentros pensé: «¡De tal abuelo, tal nieta!» ¿No estaría loca? La pequeña no decía ni una sola palabra.

Por último, con voz casi inaudible y bajando la mirada, dijo:

— Vengo a por los libros.

— Sí, claro, los libros. Pues ahí los tienes. Los guardé justamente para ti.

Me observó con curiosidad e hizo una mueca rara, que parecía una incrédula sonrisa. Pero fue sólo un segundo. En seguida su semblante adquirió su característica expresión, severa y enigmática.

— ¿Le había hablado de mí el abuelo? — me preguntó, mirándome de pies a cabeza, irónicamente.

— Bueno, no me habló precisamente de ti, aunque...

— ¿Por qué estaba usted tan seguro de que vendría? — me interrumpió con brusquedad.

— Me pareció que tu abuelo no podía vivir solo en este piso, abandonado de todos. ¡Era tan viejo y estaba tan débil! Supuse que debía venir alguien a visitarle. Toma, éstos son tus libros. ¿Piensas estudiar en ellos?

— No.

— ¿Para qué los quieres, entonces?

— Mi abuelo me daba lecciones al principio, cuando venía a verle.

— ¿Qué pasó después?

— No podía venir. Estuve enferma — repuso, como si se disculpara.

— ¿Tienes familia? ¿Padres, hermanos?

La pequeña frunció el ceño y me miró asustada al oírme preguntar aquello. Luego bajó los ojos, me volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta sin responder, como había hecho el día anterior. Lleno de estupor la seguí con la mirada. Cuando había cruzado el umbral, se volvió.

— ¿De qué murió? — inquirió de pronto, con el mismo gesto que cuando me preguntó por Azor.

Me aproximé a ella y empecé a contarle cómo había ocurrido la muerte de su abuelo. Me escuchó en silencio, con la cabeza inclinada, casi de espaldas a mí. Le aclaré igualmente que el anciano al morir, había hablado de Vasili Ostrof, lo que me hizo suponer que allí vivía alguien a quien él conocía, y que antes o después vendría a verle.

— Sin duda te quería, ya que en los últimos momentos se acordó de ti — declaré por último.

— No, no me quería — repuso la pequeña, con tono de pesadumbre.

Se hallaba muy agitada. Empujada por un amor propio sumamente intenso, trataba de ocultar la emoción que sentía. Vi que aumentaba su palidez y noté que se mordía el labio inferior. Me impresionaron los latidos de su corazón, que adquirieron tal violencia que podían escucharse a un par de pasos de distancia, como si padeciera un aneurisma. Me pareció que iba a romper a llorar, como en la ocasión anterior, pero logró contenerse.

— ¿Dónde está la valla?

— ¿Qué valla?

— La valla junto a la que murió mi abuelo.

— Cuando salgamos te la enseñaré. Dime, ¿cómo te llamas, pequeña?

— No tiene importancia.

— ¿Cómo dices eso?

— No tengo nombre — murmuró, con voz sollozante, disponiéndose a escapar.

Yo se lo impedí.

— Espera, chiquilla. No seas tan arisca. Sólo deseo tu bien. Ayer quedé muy triste, cuando te vi llorando en la escalera. Esas cosas me enferman. Ten en cuenta que tu abuelo murió en mis brazos, y que hablaba de ti, al referirse a la calle sexta. Eso fue como si te confiara a mis cuidados. De noche sueño con el anciano. Ya ves que te he guardado los libros, y sin embargo, eres tan esquiva como si fuera a hacerte daño. ¿Me tienes miedo, acaso? Seguramente eres huérfana, y vives con personas extrañas, ¿verdad?

Procuré tranquilizarla. Algo que no podía precisar, y que era más que la simple piedad, me ataba a ella. ¿Era lo misterioso del encuentro, la impresión que el viejo Smith dejara en mí ánimo, o mi inclinación a lo fantástico? No sé qué era, pero algo me impulsaba hacia ella con fuerza irresistible.

Tuve la impresión de que mis palabras la habían conmovido. Ahora me observaba con gesto extraño, pero no arisco. Bajó de nuevo la mirada, como si pensara algo. En seguida, rápidamente, exclamó con voz apenas audible:

— Elena...

— ¿Es ése tu nombre?

— Sí.

— Dime, ¿vas a venir a verme?

— No sé; creo que sí — respondió siempre en voz baja, luchando consigo misma.

Justo en ese momento el reloj de un piso de abajo dio la hora. La chiquilla se estremeció, y llena de angustia me preguntó:

— ¿Qué hora es?

— Las diez y media — contesté.

— ¡Dios mío! — gritó espantada.

Luego echó a correr hacia la puerta, pero yo la detuve antes de que saliera.

— No voy a permitir que te vayas así. Tú tienes miedo. ¿Por qué? ¿Temes llegar tarde a casa?

— Sí, me fui sin decir nada. ¡Déjeme marchar! ¡Me pegará! — exclamaba la pobre niña, y al decirlo hacía esfuerzos por librarse de mí.

— Espera un momento; yo también voy a Vasili Ostrof. Como se ha hecho tarde tomaré un coche. Tú vienes conmigo, y así llegarás antes que andando a tu casa.

— ¡No, no venga conmigo! — gritó, temblando de espanto.

Su semblante se había contraído de miedo, ante la idea de que pudiera ir con ella a donde vivía.

— Está bien, no iré a tu casa, pero debo pasar por la calle trece de Vasili Ostrof, por un asunto. No te seguiré. En un coche llegarás mucho antes. Anda, ven conmigo.

Descendimos a toda prisa hasta la calle, y yo detuve el primer coche que pasó, un destartalado *droshki*. No había duda de que Elena tenía mucha prisa, cuando aceptó que la llevase en el coche. Yo temía hacerle preguntas, y en una ocasión en que quise saber a quién tenía miedo, empezó a retorcerse y creí que se iba a tirar del carro. Me pregunté qué misterio rodearía a la pequeña.

No se había sentado bien, y a cada sacudida del vehículo se aferraba a mi abrigo con una manita sucia y de piel agrietada, para no perder el equilibrio, sin dejar por ello de apretar contra su cuerpo, con la otra mano, los libros, por los que parecía sentir un gran interés. Cuando se movió para acomodarse en el asiento, le vi los pies, que llevaba calzados con unos zapatos muy rotos, y noté con sorpresa que no usaba medias. Sin poder contenerme le pregunté:

— ¿Cómo no llevas medias? ¡Mira que ocurrísete ir así con el frío y la humedad que hace...!

— No tengo medias — repuso a media voz.

— ¡Dios mío! No obstante, vives con otras personas. Bien podías pedir que te las dejaran, cuando vas a salir.

— Así estoy bien.

— Puedes enfermar y morirte.

— ¡Qué más da!

Como vi que las preguntas que le hacía le disgustaban bastante, preferí no insistir.

— Ah, mira, ahí murió tu abuelo — manifesté, indicando la valla.

Después de observar el sitio con toda atención, se volvió hacia mí y dijo suplicante:

— ¡Por Dios, le pido que no me siga! Iré a su casa. Iré a verle en cuanto pueda.

— Sabes que prometí no ir contigo a tu casa. ¿Qué es lo que temes? Ya veo que eres muy desgraciada; me das mucha pena, pequeña.

— Yo no tengo miedo — contestó con voz entre desesperada e irritada.

— Sin embargo, dijiste que te iba a pegar — insistí.

— Sí, me va a pegar — aseguró, convencida de lo que decía —. Pero no importa, ¡que me pegue!

Su mirada relampagueaba y se estremecían sus labios mostrando un amargo desdén. Cuando estuvimos en la entrada de la calle sexta de Vasili Ostrof, se apoyó del coche y echó una mirada a su alrededor, llena de inquietud.

— No se pare, ¡por favor! ¡Ya iré a verle! — exclamó sin reprimir su nerviosismo —. ¡Váyase, váyase pronto!

Reanudó la marcha el coche, pero algo más allá me bajé y lo despedí. Retrocedí a pie por otro lado de la calle. Cuando llegué a la calle sexta, crucé la acera rápidamente. Entonces vi a la chiquilla, que no había tenido tiempo de distanciarse demasiado, por más que andaba de prisa. Miraba continuamente a su alrededor, para ver si la seguían, y en una ocasión tuve que ocultarme en un portal para que no me viese. Luego, sin de-

jar de avanzar por la acera de enfrente, ajusté mi paso al suyo.

La curiosidad me dominaba. Al principio no tuve intención de seguirla hasta su casa, pero ahora tenía yo algo así como una necesidad de conocer el lugar en que habitaba. Me invadía una sensación igual a la que dominaba mi ánimo la noche en que, estando su abuelo en la confitería de Muller, murió el perro *Azor*.

## CAPÍTULO IV

La chiquilla iba casi corriendo, en vez de andar. Avanzamos por la Pequeña Avenida, hasta que al llegar cerca de una esquina, entró en una tienda de comestibles. Me detuve allí, confiando en que no tardaría mucho en salir. Así ocurrió, en efecto, poco después. Salió sin los libros, y en la mano llevaba un recipiente de barro. Anduvo un corto trecho y luego cruzó el umbral de una casa de pobre aspecto. Se trataba de una antigua construcción de ladrillos que sólo tenía dos pisos y aparecía pintada de color amarillo sucio. De una de las ventanas del piso bajo colgaba un pequeño féretro pintado de rojo, que indicaba que allí vivía un fabricante de ataúdes. No daba la sensación de ser un negocio muy boyante. Las ventanas del piso superior eran muy estrechas, cuadradas, y se veían unos visillos de percal rojo a través de los cristales mugrientos. Crucé la calle y me acerqué a la puerta de la casa. Encima de ésta había una placa en la que pude ver el nombre del dueño del edificio. Era la casa de la señora Bubnova. Casi no había tenido tiempo de leer el nombre, cuando en el patio de la casa se oyeron unos gritos y luego una sarta de insultos.

Sin esperar más, entré en el patio. En una escalera de madera vi a una mujer rolliza, peinada con raya al medio y con un chal verde sobre los hombros. Tenía las mejillas desagradablemente enrojecidas, y sus ojillos, inyectados en sangre, fulguraban de ira. Podía advertir-

se fácilmente que estaba borracha, aunque aún era muy temprano. Gritaba desaforadamente a la infeliz Elena, que estaba frente a ella con el cazo de barro en la mano. Una joven, con los cabellos y la ropa en desorden, y pintajarreado el rostro, observaba despectivamente a la arpía.

No tardó en abrirse la puerta de un piso bajo, y apareció en la escalera una mujer ya mayor, de apariencia sencilla y afable, pero ataviada muy pobemente. También desde el primer piso asomaron sus cabezas dos inquilinos: un anciano decrepito y una muchacha. En medio del patio, sosteniendo una escoba entre las manos, estaba un *mujik* fornido y de elevada estatura, seguramente el portero.

— ¡Ah, maldita! ¡Sanguijuela, sabandija! — vociferaba la bruja, lanzando una retahila de maldiciones que apenas si le dejaban tiempo para respirar, por lo que jadeaba ostensiblemente. — Así pagas todo lo que hago por ti, desgraciada! Le digo que vaya a comprar pepinillos, y se escapa! ¡Ya me lo suponía! ¡Sabía que en cuanto la mandase a la calle se fugaría! Anoche le ajusté las cuentas, y hoy vuelve a hacer lo mismo. ¿Puede saberse adónde vas, perdida? ¿A quién vas a ver, ingratita, mala pécara. ¡Vamos, dímelo, habla o te estrangulo!

La colérica mujer iba arrojarse sobre la pequeña, cuando vio a la inquilina del sótano que la miraba en silencio desde la puerta. Entonces se enfrentó con ella, y haciendo exagerados ademanes continuó lamentándose y dando voces, como tomando por testigo a la vecina del tremendo delito que había cometido la desafortunada víctima.

— ¡Su madre murió! Ya sabe que esta desgraciada está sola en el mundo, y que no tenía dónde caerse muerta. Entonces, yo, bendita de mí, para quedar bien ante San Nicolás, me dije: «Recoge a esta huérfana», y así lo hice. Pero, ¿qué les parece a ustedes? Hace dos meses que la mantengo, que me chupa la sangre como

una sanguijuela. ¡Es una sanguijuela, un vampiro! ¡Y no dice una sola palabra! Ya puedo pegarle o dejarla, que da igual; se calla, se calla siempre como si tuviera la boca cosida. Y con ese silencio me destroza los nervios. ¿Quién te crees que eres, cucaracha? De no ser por mí ya te habrías muerto en cualquier rincón.

— ¿Por qué se excita así, Ana Trifonovna? — preguntó con voz mesurada la mujer a la que hablaba la iracunda arpía —. ¿Qué hizo la pequeña?

— ¿Qué ha hecho, buena mujer? Pues no obedecerme, eso ha hecho. ¡Y no consiento que me desobedezca. En mi casa se hace lo que yo mando, sea lo que sea. La envié a comprar pepinillos, y tardó tres horas en regresar. Ya me lo decía el corazón, cuando se fue. ¿Y puede saberse adónde ha ido? ¿Acaso ha encontrado otros protectores? Seguramente le parecen pocas las atenciones que tengo con ella. Y eso que perdoné a su madre catorce rublos, los que me debía al morir, y le pagué el entierro, recogiendo después al gusano de su hija para criarlía. Pero ya lo sabe usted, ya sabe bien lo que sucede. ¡No tengo yo razón para pegarle, con lo que hizo! Lo que tendría que hacer este demoñuelo es besar el suelo que piso; pero no, lo único que sabe es mortificarme. Como deseaba que estuviera contenta, le compré un vestidito de muselina y unos zapatos. La dejé como una muñeca. Y miren lo que ha hecho; en un par de días destrozó toda la ropa, y vean cómo va, llena de andrajos. Lo ha hecho adrede, pueden creerlo, pues yo misma se lo vi hacer. Quería otra tela, y no justamente muselina, imaginénselo. Claro, no pude contenerme y le di una buena azotaina. Entonces tuvo que venir el médico. ¿Quién pagó? Yo, ¿quién más iba a hacerlo? Debí haberla estrangulado, y no hubiera tenido que estarla alimentando con leche durante una semana entera. Luego, para castigarla, la obligué a fregar el suelo, y ella, impasible, dale que dale al estropajo, sin decir una palabra. Me sublevaba verla tan callada,

y pensé que se escaparía. Apenas lo había pensado, cuando ayer, en un abrir y cerrar de ojos, se marchó. Y ya se enteraron ustedes, buena gente, de la paliza que le di. Hasta los brazos me dolían. Entonces le quité las medias y los zapatos, para que no saliera con los pies desnudos, pero hoy ha vuelto a lo de costumbre. ¿Dónde estuviste? ¡Vamos, dilo de una vez, maldita! ¿A quién fuiste a quejarte, perdularia? ¡Dímelo, mendiga, vagabunda!

En un acceso de furor se lanzó sobre la pequeña, que estaba paralizada por el espanto. La aferró por los pelos y la tiró al suelo. Al caer la cazuela de los pepinillos al suelo, y romperse, la ira de la mujer llegó al paroxismo. Golpeó a la niña en la cara y la cabeza, pero Elena soportaba el castigo sin lanzar una queja. No pude contenerme más y entré en el patio, impulsado por la ira que me dominaba. Me acerqué a la borracha, y sujetándola por un brazo, le grité:

— Pero, ¿qué hace usted? ¿Cómo maltrata a una pobre huérfana?

— ¿Cómo? ¿Quién es usted? — dijo la mujerona, soltando a Elena y encarándose conmigo, con los brazos en jarras —. ¿Quién le ha dicho que entre en mi casa?

— He sido testigo de su crueldad — repuse —. No tiene derecho a atormentar así a una infeliz chiquilla que ni es hija suya y a la que ni siquiera ha adoptado usted, sino que es una pobre huérfana.

— ¡Cielo santo! ¿Quién se ha creído que es, metiéndose en los asuntos de los demás? Claro, seguramente ha venido con ella. Pero ya hablaré yo de esto con el comisario Andrés Timofeitch, que sabe lo buena que soy. De modo que va a su casa, ¿verdad? ¿Y quién es usted para invadir la casa ajena? ¡Socorro! ¡Socorro!

Se lanzó sobre mí con los puños en alto, pero no llegó a pegarme porque en este momento se dejó oír un grito penetrante, inhumano. Me di la vuelta y vi que Elena estaba caída en el suelo, agitándose entre

horribles convulsiones. Se le contraía el semblante espasmódicamente. Sufría un ataque de epilepsia. La muchacha desgreñada y la vecina del piso bajo se apresuraron a levantarla del suelo, y rápidamente la metieron en la casa.

— ¡Más valía que reventase, esa maldita! — exclamó la borracha —. En un mes ya le han dado tres ataques. Pero, vágase, ¡largo de aquí, espía!

De nuevo se enfrentó conmigo, pero en seguida se dirigió al portero, diciéndole:

— ¿Puede saberse qué haces ahí, como un pasmarote? ¿Para eso te pago?

El portero, de mala gana y por decir algo, avanzó hacia mí y dijo:

— Vamos, márchese de aquí. Por su bien, no se mezcle en asuntos ajenos. ¡Lárguese!

No me quedaba más remedio, y me alejé de allí. Estaba convencido de que no había conseguido nada con intervenir. Me ardía la cara de indignación. No obstante, me quedé en la acera, junto a la puerta, mirando hacia el interior de la casa.

En cuanto hube salido, la arpía subió rápidamente la escalera, y casi en seguida desapareció el portero, concluido ya su trabajo.

Pasado un momento bajó la mujer que había ayudado a trasladar a Elena adentro, y al notar que aún seguía allí, se detuvo con gesto de curiosidad. Tenía su semblante una expresión de dulzura que me dio valor. Por lo tanto, entré en el patio y avancé hacia la mujer.

— ¿Puedo hacerle una pregunta? —inquirí—. ¿Cómo está aquí la niña, y quién es esa desalmada? No se lo digo por curiosidad; esta mañana me he encontrado a la pequeña, y por una serie de razones estoy interesado por ella.

— Si le preocupa la chiquilla, más vale que se la

lleve de aquí, o no va a durar mucho — declaró la mujer, como si hablara contra su voluntad.

Me di cuenta de que temía algo y que no deseaba hablar conmigo.

— Al menos infórmeme usted, para que pueda actuar. Esa mujer es la señora Bubnova, la dueña de la casa, ¿no es cierto?

— En efecto.

— ¿Cómo vive la niña con esa arpía? ¿Es cierto que ha muerto su madre?

— Sí, pero eso no me incumbe.

De nuevo hizo ademán de retirarse.

— Por favor, le ruego que me diga lo que sepa. El asunto me interesa muchísimo, y es posible que logre hacer algo. ¿Quién es la niña?

— Su madre era extranjera, y había llegado poco antes de morir. Habitaba en el piso bajo, aquí mismo, y vivía realquilada, con nosotros. Falleció de tuberculosis.

— Debía de tener muy poco dinero, para vivir realquilada.

— Y era una desdichada; daba pena verla. A nosotros, que apenas tenemos para vivir, nos dejó a deber cinco rublos de los cinco meses que estuvo en casa. Le costeamos el entierro, y mi marido le hizo el ataúd.

— ¿Cómo?, ¿no dijo esa mujer que fue ella quien pagó el entierro?

— No, le repito que la enterramos nosotros.

— ¿Qué nombre tenía la difunta?

— Tenía un apellido muy difícil de pronunciar. Era alemán, seguramente.

— ¿Era Smith?

— Creo que no. Ana Trifonovna Bubnova recogió a la niña para educarla, según afirma, pero eso no es más que lo que dice ella.

— ¿Acaso tenía una segunda intención?

— Parece que sus asuntos no son del todo claros

—dijo la mujer, con inquietud—. Pero más vale que no nos metamos en las cosas de los demás.

—Más te vale coserte la boca— exclamó a nuestras espaldas una voz fuerte.

Me volví y descubrí a un hombre de edad más que mediana, que vestía un caftán de andar por casa. Tenía aspecto de artesano, y era el marido de la mujer que hablaba conmigo en ese momento.

—Creo, señor, que nada podemos decirle de este asunto—añadió, mirándome de reojo—, que no nos concierne. Y tú, entra en casa. Soy constructor de ataúdes, y le serviré con gusto, si necesita de mí. Aparte de eso, no tenemos de qué hablar.

Me marché de la casa lleno de preocupación y sumamente inquieto. No podía solucionar nada, y me causaba una profunda desazón que las cosas quedasen así, igual que antes. Estaba sumamente impresionado por las palabras que pronunciara la mujer del fabricante de ataúdes. Tenía la impresión de que debajo de aquello había algo sucio y odioso.

Avanzaba en mis reflexiones, con la cabeza gacha, cuando una voz profunda me llamó por mi apellido. Levanté la cabeza y me encontré con un hombre que trataba de guardar el equilibrio, pues se hallaba bebido, a todas luces. Aunque iba vestido correctamente, llevaba encima del traje un gabán rajo, y sobre la cabeza una gorra manchada de grasa. Aquel rostro no me resultaba desconocido. Le miré mientras él a su vez me contemplaba sonriente. Me guiñó un ojo y dijo:

—¿Qué, amigo? ¿No me reconoces?

## CAPÍTULO V

—¡Caramba, si eres Masloboiev! —dijo, reconociéndome con sorpresa a un antiguo compañero del instituto—. ¡Es un encuentro totalmente inesperado!

—Ya lo creo, es una casualidad, después de seis o siete años que no nos veíamos. Aunque en realidad ya nos habíamos visto, pero su excelencia ni siquiera se dignó mirarme. No es para menos, siendo como eres, todo un general. Sí, un general en literatura —manifestó sarcásticamente.

—Bueno, dejemos las bromas de lado, Masloboiev —repuse—. Para empezar, los generales tienen mejor aspecto que yo, incluidos los de literatura. Además, permíteme decirte que cuando nos encontramos en la calle, tú me has rehuído ostensiblemente. Y no deseo tratar a los que huyen de mí. Estoy convencido de que si no estuvieras borracho, no me habrías llamado. Acierito, ¿verdad? Yo, en cambio, me alegro mucho de haberte encontrado.

—¿En serio? ¿No te avergüenza que te vean con alguien tan... poco elegante? Bueno, no debiera hacerte estas preguntas. Siempre fuiste un gran muchacho, en la época en que éramos estudiantes, querido Vania. ¿Recuerdas la vez en que te impusieron un correctivo por culpa mía? No quisiste delatarme, y yo no hice más que burlarme de ti durante un buen tiempo. ¡Qué corazón de oro! Déjame que te abrace, amigo mío.

Nos abrazamos con afecto y prosiguió diciendo:

— Ya hace bastantes años que ando solo por el mundo, dando tumbos. Sin embargo, no he podido olvidar aquellos viejos tiempos. No, eso nunca se olvida. Y tú, ¿qué cuentas?

— Hago lo mismo que tú. Trabajo, y estoy solo en el mundo.

Me miró con la especial ternura del hombre que ha bebido demasiado. Aparte del vicio de la bebida, mi amigo era un excelente muchacho.

— De ningún modo, Vania. Tú eres muy distinto que yo —aseguró con tono dramático—. He leído bastante, Vania, no creas. Escucha, ¿tienes prisa?

— A decir verdad, sí, la tengo. Además, hay un asunto que me tiene preocupado. Creo que será mejor que me digas dónde vives, para ir a verte.

— Puedo decírtelo, pero hay una solución mejor. ¿Sabes cuál es?

— Dímelo, ¿cuál es?

— Estoy hablando de eso.

Mi amigo señaló el rótulo de un establecimiento que estaba a pocos pasos de donde nos hallábamos, y donde podía leerse «Confitería Restaurant».

— Mira, no es más que un local corriente, pero sirven bien. El vodka es magnífico, ya lo he probado. Por otra parte, en ese sitio nadie diría una palabra más alta que otra a Felipe Filipitch. No me mires así, Felipe Filipitch soy yo. Mira, son las once y cuarto, y a las doce menos veinticinco exactamente te dejo marcharte. Hasta esa hora podemos estar hablando. A decir verdad, no es demasiado, dedicar veinte minutos para un viejo amigo, ¿no crees?

— Bueno, si son sólo veinte minutos... Lo siento, pero tengo cosas que hacer.

— Tendremos tiempo de sobra. Pero antes, déjame que te diga una cosa. Parece que tienes mala cara. Sin duda has recibido un disgusto, ¿verdad?

— En efecto.

— ¿Te das cuenta?, lo he adivinado. Me he dedicado a estudiar fisionomías, que en cierto modo es un oficio como otro cualquiera. Pero, pasa y hablaremos. En veinte minutos tengo tiempo de sobra para tomarme un samovar entero, además de un par de copas de licor, una naranjada amarga y lo que se tercie. Bebo como un tonel, amigo. Sólo estoy sereno cuando voy a misa. Pero tú no necesitas beber. Si no lo deseas. Sólo quiero estar en tu compañía. Ven, charlaremos un poco, y luego estaremos otros diez años sin vernos. Porque yo no pertenezco a tu clase, Vania, y mi compañía no es una honra para ti.

— Vamos, no charles más, y entremos de una vez. Recuerda que dentro de veinte minutos tenemos que separarnos.

El salón del establecimiento se hallaba en un segundo piso, al que tuvimos que ascender por una escalera de madera. Cuando subíamos, nos encontramos con dos hombres borrachos que se apartaron tambaleándose para dejarnos pasar. Uno era un joven imberbe que usaba un bigotillo absurdo, que acentuaba la expresión profundamente necia de su rostro. Vestía con elegancia ridícula, y el traje no parecía haber sido hecho para él. Tenía los dedos cubiertos de sortijas, y llevaba un alfiler en la corbata. Se había peinado aparatosamente, con un tupé sobre la frente, y no dejaba de reírse y de lanzar pullas.

Su compañero tendría unos cincuenta años. Era robusto, de vientre voluminoso y vestía con más descuido, aunque también lucía un grueso alfiler en la corbata. Tenía la cara picada por la viruela, fofa y enrojecida por el alcohol. Era calvo y usaba gafas, que se apoyaban en una nariz bastante grande y gruesa. El rostro, en conjunto, daba impresión de vileza y sensualismo. Los ojos, malignos y relucientes, casi desaparecían entre los pliegues carnosos, por lo que parecía mirar a través de una grieta.

Ambos conocían sin duda a Masloboiev, porque el hombre rollizo hizo un gesto de disgusto al verle, aunque sólo fue por un instante, mientras que el joven le dirigió una mirada adulona, al tiempo que se quitaba la gorra.

— Discúlpeme, Felipe Filipitch — dijo mirando empalagosamente a mi amigo.

— ¿Por qué?

— Por haber cometido una falta.

Al mismo tiempo se tocó el cuello, para dar a entender que había bebido bastante, y agregó:

— Ahí dentro está Mitrochka. Está bien claro que es un granuja, Felipe Filipitch.

— No sé a qué se refiere.

— Verá usted, la semana pasada, en cierto lugar poco recomendable se le ocurrió restregarle el morro a éste con requesón. ¡Ja, ja, ja!

Y al reírse señaló con la cabeza a su amigo.

Visiblemente irritado, el gordo le dio un codazo en las costillas.

— Véngase con nosotros, Felipe Filipitch. Ya hemos vaciado media docena de botellas, y podremos tomarnos juntos otras tantas. ¿Qué le parece?

— No, amigo; me es imposible en este momento — repuso Masloboiev —. Tengo que hacer.

— También yo tengo que arreglar algo con usted, ¡ja, ja, ja!

Su compañero le dio otro codazo, y Masloboiev, que no parecía querer mirarle de frente, dijo:

— Hablaremos en otra ocasión.

Entramos en un salón donde se veía un largo mostrador, bastante limpio, atestado de fiambres, entremeses, bocadillos y botellas de diversas marcas. Mi amigo me condujo a un rincón, y me dijo:

— El más joven de esos dos es Sizobriukhof, hijo de un importante fabricante de harinas. El padre le dejó quinientos mil rublos al morir, lo que le permite pa-

sarse el tiempo entre juergas. Cuando estuvo en París tiró el dinero a manos llenas, hasta quedarse sin un céntimo. Pero después heredó de un tío suyo, y en este momento se dedica a beberse la herencia del tío. Dentro de un año se encontrará en la calle. Tiene menos cerebro que un gorrión. Se pasa el tiempo en restaurantes, tabernas y camarines de actrices, y pretende ingresar en el cuerpo de húsares.

Tras una breve pausa, añadió:

— El más viejo es Archipof, comerciante o administrador que se metió a negociar en aguardientes, y ya ha quebrado un par de veces. Se trata de un truhán sin escrúpulos, y es el mejor amigo de Sizobriukhof. Podría calificárselo como Judas y Falstaff, en una pieza. Es de una exagerada sensualidad, y hasta se jacta de ciertos caprichos. En una ocasión le llevaron al juzgado, pero pudo salir bien librado. Yo estoy al corriente del asunto, y por eso me rehúye. Sin el menor reparo se dedica a despojar de su dinero a Sizobriukhof. No hay duda de que su experiencia le permite ser útil a los jovencitos disipados. Él y yo tenemos pendiente una cuenta, y algún día la saldaremos. Mitrochka, ese apuesto mozo de cara de gitano que ve usted ahí, vestido a lo ruso, también se la tiene guardada. Es un tratante de caballos y conoce a todos los húsares de esta ciudad. Aunque es cierto que es un trámpolo, al menos engaña con destreza y finura. Ahora parece un criado, con su casaca de terciopelo; pero en cuanto le pones un frac y le llevas al Club Inglés, durante dos horas jugará al *whist* y hablará como un príncipe, sin que nadie sospeche nada. Mitrochka tampoco puede ver al gordo, como te he dicho, porque hace un tiempo que está sin blanca, y Archipof le ha birlado a Sizobriukhof, sin tener tiempo de aprovecharse. Aunque nadie me diga nada, tengo la sospecha de que Archipof y su amigo proyectan alguna bajeza por estos sitios. Procuraré sacar partido del odio que Mitrochka siente hacia Archipof. Por eso te agra-

deceré que no le mires. Cuando salgamos, puede que él mismo se acerque a decirme todo lo que quiero saber. Vamos a entrar en este reservado. ¡Eh, Esteban! — gritó, llamando al camarero. — ¿Sabes lo que quiero?

— Sí, señor.

— Entonces no tardes en servirnos.

— Voy en seguida, señor.

— Bueno, siéntate, Vania. ¿Por qué me miras así? Seguramente estás asombrado por todo esto. Pues no debe extrañarte nada. En esta vida ocurren cosas extraordinarias, que ni siquiera sería uno capaz de soñar. Además, nada puede asombrarnos, cuando uno ha leído a Cornelio Nepote, como tú y como yo, que se te meta bien en la cabeza esto: Masloboiev ha podido descarrilarse, pero su corazón no ha cambiado; sólo variaron las circunstancias. Puedo haber obrado indignamente, pero no por eso soy peor que otros. Al principio deseaba ser médico, luego profesor de literatura rusa, y hasta llegué a escribir un artículo sobre Gogol. Yo qué sé todo lo que he hecho. Quise trabajar, y estuve a punto de ir en busca de oro. También he estado a un paso de la vicaría. Es que los corazones apasionados desean gozar de la dulzura de la vida. Resulta que ella, la que iba a ser mi esposa, me aceptó a pesar de que yo no tenía dónde caerme muerto. Cuando se acercaba el día de la ceremonia me vi en la necesidad de buscar prestadas unas botas decentes; las mías estaban destrozadas, puesto que las llevaba desde hacía más de año y medio. En fin, terminé por no casarme. Ella se marchó con un maestro de escuela, y yo entré a trabajar en una agencia. Ahora, mi querido amigo, soy otra persona. Soy independiente, y me gano la vida sin matarme. Acepto lo que me dan y defiendo la verdad. Mi lema es ser fuerte con los débiles y débil con los fuertes. Tengo mis principios y me dedico a ciertas ocupaciones, sobre todo a asuntos oficiales. En fin, que vamos tirando. También me ocupo de confidencias.

— Tal vez seas un soplón.

— No, no es eso, precisamente. Son cuestiones en parte oficiales y en parte privadas. Como puedes ver, Vania, yo bebo bastante; sin embargo, no me ahogo en licor, y sé lo que me espera. Tratar de lavar a un moro es gastar inútilmente jabón. Pero te aseguro que no me hubiera decidido a hablar contigo, de no haber tenido la seguridad de que en mi interior aún se alberga un hombre. Sí, tienes razón, el otro día te vi y no te hice caso. En otras ocasiones te veía e intentaba abordarte, pero no me atrevía. Sé que no soy digno de ti. Has pensado bien al decir que sólo me he acercado a ti porque estoy borracho. Pero como me estoy embrollando, será mejor que dejemos de hablar de mí. Debes saber que he leído tu libro. Sí, de cabo a rabo me leí tu primer libro. Después de hacerlo, estuve tentado de volverme una persona como es debido. Estaba ya decidido, cuando empecé a reflexionar a fondo, y entonces resolví seguir siendo lo que soy. De modo que...

Habló sin descansar durante un buen rato, y conforme bebía iba poniéndose más sentimental, hasta que llegó a derramar abundantes lágrimas. Recordaba yo que siempre había sido un buen muchacho. De poca cabeza y bastante descuidado, eso sí. Bullicioso, juerguista y algo trámoso, que sabía envolver con artimañas a cualquiera, cuando todavía asistía a la escuela. Hay muchos así entre nosotros, los rusos, y de entre ellos los hay que poseen magníficas cualidades. Pero todo lo malogran con sus defectos. Por falta de energía son capaces de ir contra su propia conciencia, y no sólo arruinan su vida, sino que saben perfectamente que lo hacen. La mayor debilidad de Masloboiev era la de ahogarse en aguardiente.

— Otra cosa, amigo mío — continuó diciendo —. He oido mencionar tu nombre y leí las críticas sobre tus obras. Sí, puedo afirmar que las leí, aunque te parezca que yo no leo nada. Más tarde te vi andando por el

barro con unas botas en mal estado, y con un sombrero viejo y muy usado. Me hice entonces muchas conjeturas. Dime, ¿vas a seguir escribiendo en los periódicos?

— Sí.

— Ya veo, eres como un pobre jamelgo que arrastra el rico carroaje de la literatura, ¿verdad?

— Algo así, en efecto.

— En tal caso, mi amigo, más vale dedicarse a la bebida. Yo me pongo alegre, me tiendo en un sofá (por cierto, tengo uno espléndido) y me imagino que soy Homero, Dante o incluso Federico Barbarroja, ya que no hay quien ponga freno a mi imaginación. Tú, en cambio, no puedes hacer eso, porque sólo deseas ser tú mismo, y porque como buen caballo de tiro sólo tienes la misión de tirar del carro. Mientras yo vivo de fantasías, tú vives de realidades. Te ruego que me digas con toda sinceridad, como si fuésemos hermanos, pues de lo contrario me ofendería profundamente, si necesitas dinero. Yo puedo proporcionártelo. Y no pongas esa cara. Acepta este dinero, así puedes librarte de tus editores, te quitas el dogal que te han puesto y vives sin preocupaciones durante un año. De ese modo podrás realizar tu sueño de escribir una obra realmente importante. ¿Qué te parece?

— Masloboiev, te agradezco profundamente el ofrecimiento generoso que me haces, pero no puedo responder aún sobre ese aspecto. Te preguntarás el motivo, ¿verdad? Es bastante largo de explicar, pues se halla relacionado con determinadas circunstancias. Más adelante prometo contártelo con toda franqueza, como si fueras un hermano mío. Te agradezco de todo corazón la oferta, y puedes estar seguro de que iré a verte con frecuencia a tu casa. De todos modos, y como muestra del aprecio que siento por tu atención, quiero pedir tu consejo acerca de un asunto que en cierto modo puede estar relacionado con tus actividades.

Le relaté la historia de Smith y de su nieta, comen-

zando por los sucesos de la confitería de Muller. Mientras iba hablando, me pareció notar en sus ojos que ya sabía algo del asunto. Le pregunté si ya estaba al corriente.

— No estoy bien enterado — me contestó —, pero había oído hablar de ese Smith, y supo que murió al salir de la confitería. En cuanto a la señora Bubnova, sí, la conozco bien. Precisamente hace dos meses le hice aflojar cierta suma. *Je prends mon bien où je le trouve.* Es lo único en que tengo parecido con Molière. Le saqué cien rublos, y me prometí que en la próxima ocasión no sería ya cien, sino quinientos. Es una miserable que se dedica a asuntos ilícitos, y que se regodea en la inmundicia. No pienses que me estoy haciendo el Quijote. Ya te he dicho que obtengo lo que me interesa en cualquier parte. Por eso me ha dejado satisfecho encontrar aquí a Sizobriukhof hace un momento. No hay duda de que le trajo el barrigudo, y como estoy al corriente de los asuntos a que se dedica, pienso que... Bueno, ya le pillaré en el momento oportuno... Me alegro que me hayas dicho todo acerca de esa pequeña, porque de ese modo ya tengo una pista más. Como sabes, me ocupo de toda clase de encargos, oficiales y privados, y si vieras las gentes con que trato! No hace mucho realicé una investigación para un príncipe, algo que nadie hubiera esperado de tamaño personaje. También puedo relatarte cierto historia de una mujer casada... Si vienes a verme tendrás asuntos de sobra para tus novelas. Es algo que difícilmente puede creerse.

— Dime, ¿cuál es el nombre de ese príncipe? — inquirí, llevado por un presentimiento.

— ¿Descas saberlo? Bueno, por algo será. Se llama Valkovski.

— ¿Pedro Valkovski?

— Sí. ¿Sabes quién es?

— Le conozco un poco. Posiblemente tenga que hablarte de ese caballero en más de una ocasión — mani-

festé al tiempo que me ponía en pie —. Todo lo que has dicho me ha interesado profundamente. No dejaré de ir a verte.

— Bueno, amigo, no tienes más que preguntar, y te contestaré muchas cosas. Eso sí, no puedo trasponer ciertos límites, ya que perdería el crédito que me han concedido... en mis asuntos, claro está.

— En tal caso, me contarás las cosas hasta donde tu honor profesional te lo permita.

Me encontraba yo bastante inquieto, y él no dejó de advertirlo.

— Y bien, ¿qué te pareció lo que te he relatado?  
— le pregunté —. ¿Has sacado algo en limpio?

— Aguarda un momento, voy a pagar mi cuenta.

Se encaminó hacia el mostrador, e hizo lo posible para encontrarse con el joven vestido de campesino. Se apreciaba claramente que no era la primera vez que hablaban. Mitrochka resultaba un sujeto singular. Debajo de la chaqueta de terciopelo llevaba una camisa de seda roja, lo que agregado a sus acusadas aunque armoniosas facciones, al rostro cetrino y aún joven, a la mirada resplandeciente y osada, le daban una singular apariencia no exenta de seducción. En él todo provocaba curiosidad e inspiraba simpatía. Sus modales eran un tanto ligeros, pero en aquel preciso momento se notaba que procuraba mostrarse atento y serio.

Un momento después Masloboiev regresó a mi lado, y me dijo:

— Ven a verme a las siete, esta tarde; seguramente podré informarte de algo, Vania. Puedes darte cuenta de que soy un hombre de escaso juicio. Antes tenía un poco, pero ya no soy más que un borracho que se aparta de todo. Sin embargo, aún conservo buenas relaciones, y gracias a eso puedo cazar aquí y allá algunos informes, y oírse ciertos asuntos que se refieren a personas distinguidas. Así es como yo opero. Cuando no tengo nada que hacer, si estoy sereno hago algunas

cosas de provecho... Pero, en fin, basta ya. Esta es mi dirección. Como puedes ver, vivo en la calle de las Seis Tiendas. Y ahora, amigo mío, advierto que estoy perdiendo la cabeza, de modo que tomaré la última copita y me marcharé a casa. En cuanto haya dormido un rato estaré como nuevo. Cuando llegues, por la tarde, sabrás quién es Alejandra Seminiovna, y si nos sobra algún tiempo, hablaremos de otra cosa, de poesía, por ejemplo.

— Y de mi asunto también, ¿verdad?

— Es probable.

— Bien, entonces no faltaré.

## CAPITULO VI

Ana Andreievna, intrigada por la carta de Natacha, llevaba bastante tiempo esperándome. Me aguardaba temprano, hacia las diez de la mañana, y cuando llegué a su casa eran las dos de la tarde. Para ese entonces se encontraba verdaderamente angustiada. Por otra parte, tenía verdadera necesidad de hablarme de las esperanzas que concibió la noche anterior, y quería explicarme que Nicolás Sergueitch, que tan pésimo humor tenía el día anterior, ahora se mostraba enormemente afectuoso con ella.

Cuando llegué, me acogió fríamente, con gesto de disgusto; dominando sus deseos de saber lo ocurrido, parecía decir: «¿A qué has venido? Más te hubiera valido seguir vagando por esas calles». Se había disgustado mucho por lo tarde que aparecía. Sin embargo, yo tenía prisa y le conté en seguida lo sucedido la noche anterior en casa de Natacha. Al enterarse la anciana de la visita del príncipe y de su formal petición de mano, la fingida indiferencia que mostraba dio paso a una alegría inmensa. Trastornada profundamente, santiguóse, lloró y se arrodilló ante el ícono, inclinándose hasta tocar con la frente el suelo. Luego me dio mil besos, y dijo que iría a buscar a su marido para que se enterase del gran acontecimiento.

—Querido Vania, puedes creerme si te digo que las humillaciones e insultos le han hecho enfermar. Pero

en cuanto sepa que ofrecen plena satisfacción a Natacha, se pondrá bien en seguida.

Me costó mucho disuadirla, pues la anciana, a pesar de que llevaba veinticinco años viviendo con Nicolás Sergueitch, no le conocía bien. Por otra parte, no podía reprimir el deseo de venir conmigo inmediatamente a casa de Natacha. Declaré que su marido no aprobaría esa visita, seguramente, y que con ello corriamos el riesgo de echar todo a perder. Por fin desistí de mala gana, pero aún me retuvo otra media hora. Me hizo perder el tiempo, y no dejaba de repetir una y otra vez: «¿Cómo voy a quedarme aquí, ahora, habiendo recibido una alegría tan enorme?». Logré por fin que me dejara marchar, y para ello tuve que decirle que Natacha también me estaría aguardando llena de impaciencia. La anciana se despidió haciéndome la señal de la cruz en la frente, y me transmitió una bendición muy especial para su hija. Al decirle que no podría volver por la noche, poco faltó para que se echase a llorar. De todos modos, se consoló un poco cuando le dije que si pasaba algo realmente importante, volvería para comunicárselo.

En esa ocasión no vi al marido de Ana Andreievna, pues se hallaba durmiendo debido a que, aquejado de un fuerte dolor de cabeza, estuvo toda la noche en vela.

Natacha, lo mismo que su madre, se pasó la mañana esperando mi llegada. Cuando entré en su estancia, la vi paseando con los brazos cruzados y sumida en profundas reflexiones, como solía hacer. Aún ahora, al recordarla, me la imagino en aquella misera habitación, pensativa, sin nadie que la acompañase en su desamparo.

Sin dejar de pasear, me preguntó suavemente la razón de mi retraso. A grandes rasgos le dije lo que había hecho por la mañana, pero ella casi no me escuchó. Noté que se encontraba muy preocupada.

—¿Hay algo de nuevo? —pregunté a mi vez.

— Nada — repuso.

Sin embargo, por su forma de hablar me di cuenta en seguida de que ocurría algo, por más que ella no me lo diría al principio, sino en el momento de marcharme, como hacia por lo general.

Yo me presté a su infantil estratagema, y resolví esperar. Hablamos de lo sucedido la noche anterior, y volvimos a mostrarnos de acuerdo en la impresión que causó en nosotros el príncipe: era evidente que a ninguno de los dos nos gustaba el aristócrata. Analizamos algunos aspectos de la visita, cuando Natacha me interrumpió de pronto y dijo:

— A pesar de todo, Vania, he podido comprobar que si una persona resulta antipática cuando se la conoce por primera vez, luego se hace muy agradable en el trato. Por lo menos, eso es lo que siempre me ha ocurrido a mí.

— Quiera Dios que en este caso también suceda lo mismo, Natacha. Por otra parte, y después de estudiar el asunto a fondo, he llegado a la conclusión de que el padre de Aliocha quizás obre con cierta astucia, pero no hay duda de que es sincero en cuanto a consentir vuestro casamiento.

Natacha dejó de andar y me miró con aire severo. Su semblante estaba alterado y le temblaban los labios.

— ¿Es posible que haya mentido arteramente en circunstancias tan serias e importantes? — me preguntó, dando muestras de gran asombro.

— No sé qué decirte, francamente, pero creo que no — repuse.

— No puede ser que haya mentido. Creo que ni podemos pensar en eso. ¿Acaso soy tan poca cosa para él, que se atreve a burlarse de mí de esa forma? Un hombre no puede cometer una bajeza semejante.

— Desde luego — aprobé, rápidamente, pero en mi fuero interno me dije: «Sin duda, mi pobre Natacha, no

piensas en otra cosa mientras paseas por tu cuarto. Y tal vez tú tienes más dudas que yo acerca de él.»

— ¡Cómo deseo que vuelva Aliocha! — manifestó. Había dicho que deseaba pasar una velada conmigo. Es probable que tenga asuntos importantes, cuando me dejó para irse. ¿Estás al corriente de lo que hace, Vania? ¿Le has oído hablar de eso?

— Sólo sé que está siempre pensando en el modo de ganar dinero. Me han contado que va a participar en una empresa de aquí, de San Petersburgo. Pero nosotros no sabemos nada de lo que es un negocio.

— Ciento. Aliocha dijo ayer algo respecto a cierta carta.

— Entonces, ¿estuvo aquí Aliocha?

— Sí.

— ¿Vino temprano?

— Hacia el mediodía. Como sabes, se levanta tarde. Estuvo sólo un momento; yo hice lo que correspondía, y le dije que fuera a casa de Catalina Fiodorovna.

— Entonces, ¿no pensaba ir?

— Sí, iba a hacerlo.

Pareció querer decir algo más, pero su rostro adoptó un gesto de tristeza. Tenía intención de preguntarle otras cosas, pero me daba cuenta de que no era el momento más apropiado para hacerlo.

— Es un muchacho muy extraño — dijo, mordiéndose los labios y tratando de no mirarme.

— ¿Ha pasado algo?

— No; justamente estuve muy atento conmigo, pero...

— Bueno, ahora han terminado todas sus preocupaciones — declaré.

Natacha me observó con atención. Seguramente estuvo a punto de decirme que los disgustos y preocupaciones de Aliocha nunca fueron muy graves, pero quizás temió alguna ironía de mi parte y prefirió callarse, limitándose a hacer un gesto de disgusto.

Poco después, sin embargo, volvió a mostrarse aten-

ta, aunque la suya era una amabilidad extraña, que no le había conocido hasta entonces.

Estuvimos juntos más de una hora, y pude darme cuenta de que la joven estaba inquieta. El príncipe era el causante de sus temores. Le habría gustado conocer con exactitud qué era lo que él pensaba acerca de ella, y si había obrado de forma adecuada, o tal vez demostró excesiva ingenuidad y alegría. Quizás el príncipe se rió interiormente de ella, y la despreciaba. Al pensar en eso las mejillas se le enrojecieron.

—Más vale que no te preocupes por lo que puede pensar un hipócrita —declaré—. Allá él, y que opine lo que quiera.

—¿Por qué va a ser un malvado?

La joven tenía recelos, pero su corazón era noble y puro. Precisamente desconfiaba por la misma pureza de sus sentimientos. Aun en su humildad era orgullosa, y no habría consentido que la alabaran para luego hacerla blanco fácil de las mofas. Evidentemente, ella habría sabido corresponder desdeñosamente al desprecio de un hombre ruin; pero su sufrimiento hubiera sido grande, si cualquiera, fuera quien fuese, hubiese hecho escarnio de lo que más respetaba en la vida. La razón de esto era su falta de experiencia, el aislamiento en que había vivido siempre, encerrada en una población provinciana, sin salir nunca de allí. Y también influía en ella la predisposición heredada de su padre, seguramente, y propia de las almas ingenuas, las que ponderan a quienes les rodean, exagerando sus virtudes y alabando demasiado a la gente, considerándolas mejor de lo que son realmente. Cuando se cree al próximo mejor de lo que es, no se obtienen más que desengaños. Por otra parte, Natacha había sido víctima de muchas contrariedades y ofensas. Se hallaba moralmente enferma, y no se le podía culpar de su estado.

Me puse en pie para marcharme, ya que tenía prisa. Natacha se mostró sorprendida, y poco faltó para que

se echase a llorar. Si antes no tuvo conmigo ninguna muestra especial de afecto, ahora, en cambio, me besó con gran cariño y me miró fijamente un buen rato:

—Como ya te dije —manifestó—, Aliocha estuvo hoy muy raro. Se mostró contento y amable, es cierto, pero no dejaba de moverse de un lado para otro, revoloteando como una mariposa, y con gesto presumido se contemplaba en el espejo. Y también estuvo poco tiempo. En cambio, me trajo una caja de bombones como obsequio.

—Vaya, bombones. Evidentemente estáis recelosos el uno del otro. No dejáis de espiaros y procuráis adivinar en vuestros gestos y ademanes los más recónditos pensamientos, pero no lográis descubrir nada. A él eso no le afecta demasiado, y continúa tan dichoso y despreocupado como de costumbre, pero contigo no ocurre lo mismo...

Cuando Natacha tenía alguna queja de Aliocha y quería decirme algo delicado, o deseaba ponerme al corriente de un secreto, que a veces debía yo deducir, me observaba de un modo extraño y sólo con eso aguardaba que yo le prodigase palabras de consuelo. En ese momento yo adoptaba un tono firme y severo, como quien va a dar una reprimenda. Con esa severidad contribuía a aumentar mi prestigio ante ella, pues no hay duda de que ciertas personas necesitan que se las reprenda en ocasiones. Después de esa escena, ella se mostraba más satisfecha.

—¿Sabes, Vania? —prosiguió diciendo Natacha, al tiempo que me colocaba una mano sobre un hombro y me miraba tiernamente, para ganarse mi aprecio—. Hoy Aliocha parecía otra persona. No estaba ingenioso, como otras veces. Daba la impresión de representar el papel de un marido que trata a su mujer después de diez años de casados. Su amabilidad resultaba un tanto forzada. ¿No te parece que es demasiado pronto, para obrar de esa forma? Yo creo que estaba impaciente por

ir a ver a Catalina Fiodorovna. Cuando le dirigía la palabra, él hacía como que no me escuchaba, o bien me interrumpía hablando de otra cosa. De sobra conoces esa pésima costumbre que se prodiga entre la gente distinguida. Tú y yo hemos tratado de corregirle, en ocasiones, pero ha sido en vano. En fin, que se mostró indiferente. Pero, ¿qué es lo que digo? Soy demasiado impulsiva, exigente y caprichosa. Es algo que no se puede remediar. No permitimos siquiera que alguien cambie un poco sus gestos, aunque ignoramos el motivo por el que ese rostro ha variado. Tenías toda la razón del mundo, al regañarme hace un momento. Sólo yo tengo la culpa. Somos nosotros los que nos creamos los problemas, y después nos quejamos. Te doy las gracias, Vania, por todo el bien que me has hecho... Si por lo menos volviera. Pero no sé si valdría de algo. Seguramente aún no se le pasó el mal humor.

— Entonces, se mostró malhumorado, ¿no es cierto? — pregunté yo.

— Bueno, no fue eso, justamente. Como yo estaba algo decaída, Aliocha, que comenzó mostrándose contento, terminó por ponerse serio. Al despedirse me pareció algo frío. De todos modos, le mandaré llamar. Ven tú también, Vania, te lo ruego.

— Lo haré, si no me lo impiden otros asuntos.

— ¿A qué te refieres?

— Tengo que hacer, pero haré lo posible por venir.

## CAPÍTULO VII

Eran las siete en punto cuando llegué a casa de Masloboiev. Mi amigo ocupaba un piso de tres habitaciones en un pequeño edificio de la calle de las Seis Tiendas. La vivienda era un poco sórdida, pero estaba bien amueblada. Daba la sensación de cierto desahogo económico, incluso, entre detalles de extremado desorden y desasosiego.

Me franqueó el paso una bonita joven de unos veinte años, vestida sencillamente, aunque con gusto y pulcritud, y cuya mirada expresaba alegría y bondad. Me dije en seguida que debía de ser Alejandra Seminiovna, de la que me había hablado Masloboiev al decirme que fuera a su casa. La muchacha preguntó mi nombre, y al decírselo me contestó que Masloboiev estaba descansando en su habitación, pero que podía pasar, porque me esperaba.

Encontré a mi antiguo amigo echado en un soberbio diván, pero cubierto con su sucio abrigo y con la cabeza apoyada sobre un ajado cojinillo de cuero. Debía de tener un sueño muy ligero, pues se despertó cuando entré en la estancia.

— Ah, eres tú, Vania — manifestó —. Acabo de estar contigo en sueños, precisamente. Bien, ya es la hora, así que vamos allá.

— ¿Adónde vamos?

— A ver a una señora.

— ¿Qué señora?

— La señora Bubnova. Es necesario que hablemos con ella. ¡Ya verás qué mujer más hermosa!

Al decir esto, volvióse hacia Alejandra Seminiovna y lanzó un beso al aire, como si besara a la Bubnova.

— Ya está con sus tonterías — manifestó la joven, que consideróse obligada a enfadarse un poco.

— Me parece que nos os conocéis, ¿verdad? Mira, Alejandra Seminiovna, voy a presentarte a un general de la literatura. Es uno de esos personajes a los que no se puede ver, sin pagar, más que una vez al año.

— ¡Bueno, ya sale con otra de las suyas! No le haga caso, señor, que siempre se está burlando de mí. ¿Cómo va a ser este caballero un general?

— Te he dicho que son unos generales de una clase especial — repuso Masloboiev —. Y tú, excelencia, no nos consideres como unos necios, pues somos más avisados de lo que a primera vista parecemos.

— No le escuche. Este pillo se burla siempre de mí, cuando viene a vernos gente formal. En vez de eso, más le valdría llevarme de vez en cuando al teatro.

— Bueno, tú sigue aplicándote al hogar, Alejandra Seminiovna. Ya sabes qué es lo que debes respetar. ¿O acaso olvidaste la palabrita que te enseñé?

— No la he olvidado, pero me parece una ridiculez.

— Nada de eso, es una palabra que usan los literatos. Vamos, dila.

— Túquieres avergonzarme delante de los demás. No me fío de ti. Puede que esa palabra signifique algo malo. Prefiero perder la lengua a decirla.

— Lo que ocurre es que ya te has olvidado.

— No, no la olvidé. La palabra es «penates». Me has dicho que debo respetar y querer a mis penates. ¡Qué cosas se te ocurren! Seguramente no existen esos penates siquiera.

— ¡Ah, qué distinta eres a la señora Bubnova!

— Podéis iros al demonio tú y tu señora Bubnova!

— exclamó la joven, y con gesto indignado salió rápidamente de la habitación.

— Ya es hora de que nos marchemos — me dijo mi amigo —. ¡Adiós, Alejandra Seminiovna!

Al salir de la casa vimos pasar un coche de punto desocupado.

— Será mejor que tomemos ese coche, Vania. Vamos, sube. Esta mañana, cuando nos sepáramos, pude averiguar un par de cosas verdaderamente interesantes. No se trata de meras cábaldas, sino de hechos concretos. El barrigón que viste en el restaurante es un truhán, un individuo repugnante que posee los gustos y caprichos más ruines. A la Bubnova se la conoce desde hace mucho por asuntos del mismo cariz. Hace poco estuvo a punto de ser detenida por intentar algo con una joven de familia distinguida. Ese vestido de muselina de que me hablaste, me resultaba inquietante, y más después de las noticias que hace tiempo tengo de la mujer. Dime, ¿qué edad puede tener esa chiquilla?

— Trece años, tal vez, a juzgar por su cara — contesté yo.

— Y aún menos, si se considera su estatura, ¿verdad? La Bubnova trafica con eso. Según las circunstancias, la pequeña tendrá unas veces once años y, otras quince. La desdichada no tiene a nadie que la proteja, y...

— ¿Es posible lo que dices?

— Pero, ¿qué te creías? Esa Bubnova no recoge a nadie por piedad. Si el gordo va a la casa, es señal de que todo está preparado. Esta mañana temprano se entrevistaron. Y además le prometieron al necio de Sizobriukhov la esposa de un coronel de Estado Mayor. Los hijos de los comerciantes no son muy exigentes, cuando se trata de pedir informes. Vaya, me parece que aún me duran los efectos de la curda. Lo cierto es que la Bubnova no se arredra, si se trata de meter a alguien en un enredo. Y además quiere burlar a la policía. Eso

tiene gracia. Por mí siente bastante temor, ya que entre ella y yo hay una cuestión pendiente. ¿Entiendes?

Las palabras de Masloboiev me causaron gran impresión, y temiendo llegar tarde, pedí al cochero que se diera prisa.

— No temas — dijo mi amigo —. Hemos tomado las medidas adecuadas. Mitrochka ya se encuentra allí. Sizobriukhov pagará con dinero, y el truhán del barrigudo lo hará con su piel. Ya está decidido. La Bubnova corre de mi cuenta. Yo le daré una lección. Lo único que hace falta es que no sospeche.

El vehículo se paró delante del restaurante, pero Mitrochka no estaba allí. Dijimos al cochero que aguardase, y nos encaminamos a casa de la Bubnova. Cerca de la puerta cochera vimos a Mitrochka, que estaba esperándonos. Las ventanas se hallaban vivamente iluminadas, y de ellas salían las carcajadas de Sizobriukhov, que parecía estar muy bebido.

— Llevan ahí un cuarto de hora — declaró Mitrochka —. Ahora es el momento.

— ¿Cómo vamos a entrar ahí? — pregunté.

— Lo haremos como clientes — contestó Masloboiev —. Me conocen a mí, y también a Mitrochka. Las puertas pueden estar cerradas, pero no para nosotros.

Mi amigo dio unos golpes discretos en la madera, y la puerta se abrió en seguida. El portero miró significativamente a Mitrochka y nos franqueó el paso. Subimos una escalera procurando no hacer ruido, y el portero llamó a otra puerta, diciendo que estaba solo. Abrióse la otra puerta e irrumpimos en la estancia, mientras el portero se escabullía.

— ¡Eh! ¿Quiénes son ustedes? — exclamó la Bubnova, de pie en la antesala.

Llevaba una vela en la mano, y estaba despechugada y borracha.

— ¿Es posible que no recuerde a sus viejos amigos, Ana Trifonovna? Soy Felipe Filipitch.

— ¡Vaya, Felipe Filipitch! ¡Mi buen amigo! ¿Cómo no me lo dijo? El caso es... ¡Uf! Vengan, vengan, por favor.

Era evidente que la mujer tenía una confusión tremenda en la cabeza.

— ¿Nos lleva a ese cuartucho? Nada de eso. Queremos que nos atienda mejor. Tenemos deseos de beber, y tal vez pueda usted proporcionarnos algunas hermosas jovencitas, ¿eh?

La mujer recuperó un poco el aplomo.

— Para mis buenos amigos soy capaz de sacarlas de donde sea, hasta de traerlas de la China.

— Digame, Ana Trifonovna, ¿se encuentra aquí Sizobriukhov?

— Sí.

— Queremos verle, en tal caso. ¿Cómo se atreve el muy pillastre a pasarlo bien sin mí?

— Puede que le esté esperando. Al menos, me dijo que estaba aguardando a alguien.

Masloboiev abrió una puerta y entramos en una amplia estancia con dos ventanas llenas de flores. La habitación estaba bastante bien amueblada y hasta había un piano, aunque no fuese muy nuevo. Mitrochka se había esfumado mientras hablábamos en el salón.

Más tarde supe que no había llegado a entrar, sino que permaneció junto a la puerta para abrir a alguien. Resultó que la mujer desgreñada y pintarrajeadas que estaba cuando la escena de la Bubnova, era la amiga de Mitrochka.

Sentado en un estrecho sofá, y ante una mesa redonda, se encontraba Sizobriukhov. Sobre la mesa, cubierta con un mantel, se veían dos botellas de champán, una de ron barato, y algunas bandejas con bombones, frutas y pastelillos. Junto al joven estaba una mujer de repulsivo aspecto y de casi cincuenta años de edad, con el rostro picado de viruelas, vestida de seda negra y que lucía pulseras y otras baratijas de cobre.

Era sin duda la pretendida mujer del coronel de Estado Mayor, pero se podía notar el engaño desde varias leguas de distancia. Sizobriukhov estaba muy borracho y mostraba una alegría enorme. Su amigo, el barrigón, no se encontraba con él.

— ¡Valiente manera de hacer las cosas! — exclamó Masloboiev —. ¡Nos dice que vayamos a casa de la Dussot, y luego él viene a pasarlo bien aquí!

— ¡Ah, mi amigo Felipe Filipitch, cómo me alegra que hayas llegado! — dijo Sizobriukhov con voz aguardentosa, acercándose a nosotros.

— Nos has tomado la delantera, ¿verdad?

— Te pido perdón.

— En vez de disculparte, más vale que nos invites en seguida. Al fin y al cabo, vinimos a divertirnos contigo. Mira, he traído a un amigo.

Al decir esto, Masloboiev me señaló.

— Ah, mucho gusto, encantado, ¡je, je!

— ¡Parece mentira que llamen a esto champaña! — declaró Masloboiev —. Más se parece a un caldo de coles mal hecho.

— Eso me ofende.

— Vamos a ver, si no eres capaz de ir a casa de la Dussot, ¿para qué haces la invitación?

— Ahora mismo me contaba que estuve en París — terció la «coronela» —; pero debe de ser mentira.

— No ofendas tú tampoco, Fedosia Titichna. ¡Es cierto que estuve en París!

— Bueno, ¿podemos saber qué se le perdía en París a un patán como tú, eh?

— Se me presentó la ocasión de ir, y no quise desaprovecharla. Karp Vasilitch y yo llamamos la atención en París. ¿Sabes quién es Karp Vasilitch?

— ¿A qué santos voy a conocerle?

— Es un personaje de la política. Estuvimos los dos en casa de madame Joubert, y allí rompimos un espejo de tres lunas, aunque no lo creas.

— ¿Qué dices que rompisteis?

— Un enorme espejo de tres lunas, que ocupaba casi toda la pared y llegaba hasta el techo. Karp Vasilitch estaba como una cuba, y hasta se puso a hablar en ruso con madame Joubert. Empezó a darle puñetazos al espejo, mientras la mujer vociferaba: «¡Vas a romperlo, y vale setecientos francos!» Él no dejaba de reírse y me miró significativamente. Me encontraba yo sentado con una beldad a mi lado, aunque no tan hermosa como esta dama. Entonces Karp Vasilitch me gritó: «Oye, Esteban, ¿vamos a medias?» «Sí, adelante», le contesté. Inmediatamente mi amigo descargó sobre la luna un puñetazo tan brutal que lo hizo añicos. La Joubert empezó a chillar y se echó encima de él, dispuesta a aco-gotarle. «¡Maldito maniático, mira lo que has hecho!», le gritó en francés. Él le contestó en la misma lengua diciendo que se había querido dar un gusto, y que lo pagaría todo. En seguida le dio seiscientos cincuenta francos, pues conseguimos que nos rebajaran cincuenta.

En ese momento la charla de Sizobriukhov quedó interrumpida por un grito tremendo, desgarrador, que parecía llegar a través de varias puertas cerradas. Me estremecí y no pude evitar lanzar a mi vez otro grito, ya que advertí claramente que se trataba de la voz de Elena.

A continuación del chillido se escucharon una serie de insultos proferidos con voz colérica, luego un gran alboroto, y por fin, el chasquido de varias bofetadas. Era evidente que Mitrochka se tomaba la justicia por su mano. De improviso se abrió la puerta de nuestro cuarto, y Elena irrumpió con el rostro desencajado, los ojos fuera de las órbitas y con el vestido de muselina hecho jirones, como si hubiera sostenido una violenta lucha. Estaba yo cerca de la puerta, cuando entró la niña y se arrojó en mis brazos como buscando amparo. Los demás se pusieron en pie, vivamente impresionados. Se dejaron oír más ruidos y gemidos, y segundos más

tarde se presentó en la puerta Mitrochka, que traía al barrigón arrastrándole por el pelo, después de haberle dejado en terrible estado. De un fuerte empujón le arrojó al centro de la estancia, y dijo profundamente satisfecho:

— ¡Ahí está ese puerco! ¡Que no se escape!

Masloboiev se acercó a mí, me colocó una mano en un hombro y manifestó:

— Será mejor que te lleves a la niña en un coche. Ya no tienes nada que hacer por aquí. Mañana solucionaremos lo que falta por resolver.

Sin que necesitara repetírmelo, cogí a Elena de la mano y me la llevé de aquelantro. No estoy enterado de lo que pasó después en la casa. Al marchar, nadie trató de cortarnos el paso. En cuanto a la patrona, el espanto la había dejado petrificada. Los hechos se produjeron con tal celeridad, que no tuvo tiempo de intervenir.

Aún estaba el coche donde lo habíamos dejado, y al cabo de veinte minutos la niña y yo nos encontrábamos en mi piso.

Elena estaba aterrorizada. Le desabroché el cuello del vestido, le rocié la cara con agua y la acosté en el diván. Noté que tenía fiebre y deliraba. Al ver su pequeño semblante ceniciente, los labios sin color, el negro cabello revuelto que brillaba profusamente con la pomada que le habían puesto, y las cintas y lacitos de color rosa que adornaban su vestido, me di cuenta de lo repulsivo de aquel suceso. ¡Pobrecilla! Su fiebre aumentaba, por lo que decidí no dejarla sola, aunque para eso no pudiera ir a ver a Natacha. Elena abría a veces sus grandes ojos y me miraba extrañamente, como si no supiera quién era yo. Hacia la una de la madrugada se quedó dormida, al fin. Yo me senté en una silla, a su lado, y también acabé por dormirme.

## CAPÍTULO VIII

Me desperté poco después del amanecer. También me había despertado cada media hora, por la noche, y lleno de inquietud me acercaba a la enfermita para observarla atentamente. Siguió la fiebre toda la noche, y también deliraba un poco, pero por la mañana pareció mejorar y se durmió profundamente. Era un buen síntoma, evidentemente. De todos modos, en cuanto me vestí, resolví ir a buscar un médico mientras la pequeña dormía. Sabía de uno ya anciano y muy comprensivo, que habitaba desde que yo alcanzaba a recordar en la calle Vladimir, acompañado por una criada alemana de bastante edad. Llegué a su casa hacia las ocho de la mañana, y él me aseguró que estaría en la mía a las diez.

Tuve grandes deseos de ir a ver a Masloboiev, pero me dije que después de los acontecimientos pasados se habría acostado tarde y aún seguiría durmiendo. Por otra parte, Elena podía despertarse y sentirse atemorizada al verse en mi cuarto sin saber cómo había llegado allí.

Acababa yo de regresar cuando ella se despertó. Muy suavemente le pregunté cómo se encontraba. No contestó, y sus ojos negros y expresivos se clavaron silenciosamente en mí. Daba la sensación de estar al corriente de lo que había pasado, y de comprenderlo todo muy bien. Sabía que acostumbraba no contestar y recordé que en las dos veces que estuve en casa tampoco res-

pondió a lo que le preguntaba, al principio por lo menos, y no hacía más que mirarme fijamente, con una expresión que denotaba a un tiempo orgullo, asombro y enorme curiosidad. Pero ahora descubría también en ella recelo. Le coloqué una mano en la frente, para ver si le había bajado la fiebre, y Elena me la apartó sin brusquedad; luego volvió la cara hacia la pared, sin añadir nada. Me di cuenta de que la molestaba, y me aparté de su lado.

Tenía yo una gran tetera de cobre que utilizaba desde hacía bastante tiempo como samovar. También disponía de leña que me había subido el portero, por lo que encendí la estufa, llené de agua la tetera y la puse a calentar. Después preparé la mesa, y al volverme vi que Elena estaba mirando con gesto curioso mis preparativos. Le pregunté si descabía algo, y otra vez volvió la cara sin responder.

«¿Se habrá enfadado conmigo? —me pregunté—. ¡Qué muchacha tan extraña!»

A las diez, tal como me había prometido, llegó el médico. Después de reconocer a la enfermita minuciosamente, con precisión germánica, me aseguró que a pesar de la fiebre, no había por qué inquietarse, al menos por el momento. Tal vez la niña padecía alguna dolencia crónica, posiblemente del corazón. Eso requería un reconocimiento especial, pero por ahora la pequeña enferma se hallaba fuera de peligro. Por pura costumbre le recetó un tónico y unos polvos, y luego me preguntó la razón de que la niña estuviera en mi casa, al tiempo que observaba curiosamente la habitación. Me di cuenta de que el anciano médico era un redomado parlanchín.

Elena pareció interesar al doctor por su conducta. La chiquilla trató de retirar la mano cuando le tomaba el pulso, y no quiso enseñarle la lengua. Tampoco respondió a las preguntas que le hizo. Sólo miraba con detenimiento la cruz de San Estanislao que llevaba el médico colgada al cuello.

— Estoy seguro de que le duele mucho la cabeza —manifestó el viejo doctor—. ¡Y qué manera de mimarme! En fin, si me necesita, no deje de llamarme.

Luego el galeno se marchó.

Decidí no dejar a la pequeña paciente hasta que se encontrara más repuesta. Sabía que Natacha y Ana Andreievna me estaban aguardando, y que se intranquilizarían si no me veían aparecer. En consecuencia resolví avisar a Natacha, por lo menos, comunicándole que no podría ir a verla. No escribiría a Ana Andreievna, en cambio, pues anteriormente me pidió que no lo hiciera, cuando le notifiqué acerca de la enfermedad de Natacha.

«No sabes lo disgustado que estaba Nicolás Sergueitch —me había escrito entonces la madre de Natacha—. Tenía unos deseos tremendos de leer la carta, pero no se rebajaba a preguntar. Eso hizo que se pusiera de un humor de perros todo el día, mientras que yo no estaba mucho más contenta, ya que había esperado muchas más noticias. No me bastaba con diez líneas.»

En consecuencia, resolví escribir únicamente a Natacha, y eché la carta al buzón, cuando me dirigí a la farmacia a comprar las medicinas de Elena.

Ésta se había vuelto a dormir. Se quejaba débilmente entre sueños y no cesaba de temblar. Al despertarse me miró hostilmente, como si le molestaran mis cuidados, lo cual, como es de suponer, me entristeció mucho.

Hacia las once llegó a casa Masloboiev. Parecía estar inquieto y algo distraído. Afirmó que sólo iba a quedarse un momento.

— Tenía la seguridad de que no vivías en un palacio, amigo mío —declaró, mientras observaba la estancia—, pero tampoco creí hallarte en semejante mazmorra, pues esto es un calabozo, más que una habitación. Dirás que son nimiedades, pero estos detalles no pueden hacer otra cosa que distraerte de tus ocupaciones. Justamente

iba pensando en esto cuando nos dirigíamos a casa de la Bubnova. Ya sabes, mi buen amigo, que yo, por mi forma de ser y por mi situación, soy de los que sin hacer nada de provecho se dedican a dar sermones al prójimo. Mañana o pasado volveré, y el domingo te aguardo por la mañana en mi casa. Para entonces habremos solucionado lo de la chiquilla, y podré hablar contigo despacio. No te conviene seguir viviendo de esta forma. Si ayer sólo te lo dije brevemente, hoy te demostraré el asunto de modo palpable. Lo que deseo es que decidas si te parece honroso aceptar mi dinero por el tiempo que sea. Contéstame.

— Vamos, no te pongas así — repuse yo —. En lugar de hablar de eso, dime cómo terminó el asunto de ayer.

— Todo salió según deseábamos. Ya me entiendes. En fin, tengo prisa; no he venido más que a decirte que estoy muy atareado, y deseaba preguntarte si vas a mandar la niña a algún sitio, o si piensas que siga en tu casa. Es necesario estudiar esta cuestión a fondo para decidir rápidamente.

— Te aseguro que no sé qué partido tomar. Justamente esperaba hablar contigo para que me aconsejaras. ¿Cómo podría yo quedarme con ella?

— Puede estar aquí como criada, por ejemplo. Sí, eso es, como criada.

— No hables tan alto, por favor, que puede oírnos. Por más que está enferma, nada le pasa inadvertido. Noté que se puso a temblar en cuanto te vio. Seguramente no ha olvidado lo que sucedió anoche.

Rápidamente le hablé del carácter de la chiquilla, y dije a Masloboiev que debíamos buscarle un hogar respectable, como el de mis viejos amigos, los padres de Natacha. Me causó un gran asombro saber que Masloboiev estaba enterado en parte de la historia de Natacha.

— ¿Cómo lo has sabido? — inquirí.

— Casualmente of hablar de eso hace un tiempo,

cuando me ocupaba de otro asunto — repuso —. Como ya sabes, conozco al príncipe Valkovskí. Ah y no me parece mala idea el enviar la pequeña a casa de los Ikmeniev. Claro que necesitará algún documento con que poderse identificar. Pero de eso me encargo yo. Ahora me marcho; no dejes de venir a verme. Dime, ¿estás durmiendo ahora la pequeña?

— Me parece que sí.

Una vez que Masloboiev se hubo marchado, Elena me llamó.

— ¿Quién era... ése? — preguntó con voz insegura, sin apartar de mí su mirada insistente y orgullosa.

Le conté que era mi amigo Masloboiev, y que gracias a él la habíamos sacado de casa de la Bubnova. Enrojeció vivamente al recordar lo sucedido.

— Entonces, ella... no vendrá nunca por aquí, ¿verdad?

Hice lo posible por tranquilizarla, y otra vez guardó silencio. Pero ahora me cogió una mano entre sus febriles dedos, si bien la soltó en seguida, como si se arrepintiera de lo que había hecho.

«No es posible que sienta tanta aversión hacia mí — pensé —. Seguramente es debido a su carácter, o a los muchos desengaños sufridos.»

Volví a la farmacia cuando fue la hora que me habían indicado. Llevé también un bote, que me llenaron de caldo de gallina en un restaurante que encontré de camino. Pero la chiquilla no quiso tomarlo. Entonces le di las medicinas y dejé el caldo sobre la estufa, para cuando le apeteciera tomarlo a Elena.

A continuación me puse a trabajar. Pensaba que se habría dormido, pero al mirarla de repente, advertí que me observaba atentamente mientras escribía. Hice como que no había visto nada, y Elena se durmió por fin de verdad. Su sueño fue sereno y reconfortante, lo que no dejó de sorprenderme.

Por mi parte, me sentía preocupado por Natacha,

que no conociendo la causa de mi ausencia, sin duda estaría enfadada conmigo. No sólo había dejado de ir a verla, sino que la dejaba sola cuando mi presencia le era más necesaria que nunca. Quizá se le habrían presentado más problemas, y esperaba mi ayuda. Pero yo no aparecía.

También su madre estaría molesta al día siguiente, y no sabía qué disculpa podía darle.

Después de pensarlo mucho decidí ir rápidamente a las dos casas. Sólo esperaba estar ausente un par de horas, y Elena, profundamente dormida, no se enteraría de que me marchaba. Me puse el abrigo y la gorra, pero cuando me disponía a salir oí que Elena me llamaba. Aquello me extrañó muchísimo. ¿Acaso había fingido estar dormida?

—¿Adónde va a hacer que me lleven? —inquirió, cuando me acerqué a ella; y como yo no supiera qué responder, agregó—: Antes dijo usted a su amigo que me iba a enviar a casa de no sé quién. Pero no quiero ir a ninguna otra parte.

Noté que la pequeña tenía de nuevo la frente ardiendo. Le había subido la fiebre. Procuré tranquilizarla y le dije que si deseaba quedarse conmigo, no iría a otro sitio. Me quité el abrigo y la gorra, mientras le decía eso, pues no podía dejarla sola en aquella situación.

Al ver que había decidido quedarme, la niña dijo en tono de protesta:

—Váyase, si quiere. Tengo sueño, y no tardaré en dormirme.

—No puedo dejarte sola —repuse, indeciso—. Claro que sólo tardaría un par de horas, y...

—Puede irse. Si yo estuviera enferma un año entero, ¿se quedaría siempre conmigo, sin salir? —respondió mirándome extrañamente, mientras intentaba sonreír.

Daba la sensación de estar en pugna con un buen sentimiento que se había adueñado de ella. ¡Pobre chi-

quilla! A pesar de ser huraña y de su aparente desaprecio por la gente, la ternura de su alma se revelaba a cada instante.

Me dirigí en primer lugar a casa de Ana Andreievna, que ya se sentía dominada por la impaciencia y me acogió con una serie de reproches. La inquietud la atenazaba, pues su marido había salido sin decir adónde se dirigía. Tuve el presentimiento de que la anciana, incapaz de reprimirse, se lo había contado todo a su marido, aunque fuese por medio de alusiones, como solía hacer. Luego ella misma lo admitió, asegurando que no había podido dominar el deseo de que su esposo compartiera su alegría. Sin embargo, él se puso más malhumorado que nunca. «No dijo una sola palabra —manifestó Ana Andreievna—, y se marchó en cuanto terminamos de comer.»

Mientras me contaba esto, la anciana se estremecía de temor, y me rogó que permaneciese con ella esperando al regreso de Ikmenev. Me excusé como pude, y declaré que tampoco podría ir al día siguiente, que es lo que había ido precisamente a decirle. Casi llegamos a reñir, y echándose a llorar me colmó de reproches. Cuando me marchaba, se acercó a mí y al tiempo que me echaba los brazos al cuello me rogó que no me enfadase con ella, pues era «como una huérfanita».

Encontré a Natacha sola, tal como me había imaginado. También me extrañó que no se alegrara al verme llegar, como lo había hecho siempre. Hasta daba la impresión de que la estaba molestando. Inquirí si Aliocha estuvo a visitarla y contestó afirmativamente, aunque dijo que se quedó poco tiempo.

—Me ha prometido que regresará esta noche —agregó, indecisa.

—¿Y anoche, estuvo aquí?

—No, tuvo que hacer —contestó, y rápidamente agregó—: ¿Y tus cosas, cómo marchan?

Me di cuenta de que quería cambiar de tema. Des-

pués de observarla con atención, no dudé de que se sentía abandonada. Al notar que la estaba mirando, me replicó con una mirada dura y altiva. «Se enfrenta con un nuevo problema — pensé —, aunque no quiere decir lo que es.»

Respondiendo a su pregunta, le referí minuciosamente todo lo concerniente a Elena. Mi relato la asombró y la llenó de interés.

— Pero, ¿cómo has podido dejar sola a esa niña, estando tan enferma? — dijo.

Le contesté que no pensaba salir de casa, pero que temí que pudiera alarmarse ella, Natacha, o que me necesitara con urgencia.

— Es probable que precise tu ayuda, Vania — me contestó pensativamente, como si hablara consigo misma —. Pero no será ahora mismo. ¿Fuiste a casa de mis padres?

Le conté mi visita a casa de Ana Andreievna, y lo que habíamos hablado.

— Sólo Dios sabe cómo habrá recibido mi padre estas noticias. En fin, eso importa poco.

— ¿Cómo que no importa? — pregunté —. El hecho es realmente importante.

— Sí, claro. ¿Adónde habrá ido? No sabes cuánto te lo agradecería, si vinieras de nuevo mañana. Tal vez pueda decirte algo. No quiero retenerte más, pues debes regresar junto a la enfermita. Por lo que me dices, ya han transcurrido las dos horas.

— Es cierto. Adiós, Natacha. Una última pregunta: ¿Cómo ha estado Aliocha contigo?

— Bien, desde luego. Eres muy curioso.

— Hasta pronto, querida Natacha.

— Adiós.

Me dio la mano con gesto distraído, y evitó mi mirada, lo que de nuevo me causó desazón. Me dije que sus preocupaciones tenían la culpa de aquella forma de actuar. Seguramente al día siguiente me lo contaría todo.

Lleno de tristeza volví a casa cuando ya estaba anocheciendo. Recibí la desagradable sorpresa de encontrar a Elena sentada en el sofá, con la cabeza gacha, como si desvariara. Al acercarme le oí murmurar algo, pero no pude entenderla. Seguramente volvía a delirar.

Me senté a su lado y le rodeé el menudo cuerpo con un brazo.

— Elena, ¿qué te ocurre, pequeña?

— Quiero irme, quiero marcharme a su casa — repuso, evitando mi mirada.

— ¿De qué casa estás hablando? — le pregunté, lleno de asombro.

— La de esa mujer, la Bubnova. Dice que le debo mucho dinero, que pagó el entierro de mi madre. No quiero que insulte su memoria. Trabajaré en su casa y le pagaré todo lo que le debo. Luego me iré, pero ahora tengo que regresar allí.

— Tranquilízate, chiquilla. No es posible que vuelvas a esa casa. Te mataría a golpes, y te perdería.

— Eso no importa — contestó Elena, firmemente —. No seré la única que padece. A otras mejores que yo también les ocurre. Me lo dijo una mendiga que vi en la calle. Soy pobre y deseo seguir siéndolo toda mi vida; es lo que me mandó mi madre, cuando murió. Trabajaré mucho... No debo llevar vestidos como éste. No quiero llevarlos.

— Está bien, te compraré otro, por la mañana. Mira, voy a traerte tus libros y te quedarás a vivir conmigo. Si no lo deseas, no irás a ninguna otra casa. Pero debes procurar serenarte, Elena.

— Tengo que buscar trabajo.

— Sí, claro que trabajarás, pero ahora será mejor que descances. Acuéstate y duerme.

La pobre chiquilla se echó a llorar desconsoladamente. Yo me sentía desconcertado. Fui a buscar agua y le humedecí las sienes y la frente. Por último, se tendió exhausta en el diván, y otra vez le acometieron

los escalofríos febriles. La tapé con lo que encontré a mano, y al fin se durmió. Sin embargo, el sueño era ahora inquieto, y con frecuencia se despertaba en medio de estremecimientos.

A pesar de que no había andado mucho, yo también estaba agotado, y resolví echarme a dormir cuanto antes. Negros presentimientos me inquietaban. Tenía la sospecha de que Elena iba a ser causa de graves problemas para mí. De todos modos, Natacha seguía preocupándome aún más.

En definitiva, en muy contadas ocasiones me encontré con peor disposición de ánimo que aquella acribia noche, cuando me acosté.

## CAPÍTULO IX

Serian alrededor de las nueve de la mañana cuando me desperté sintiéndome enfermo. Tenía mareos, y la cabeza me dolía intensamente. Al mirar hacia el sofá donde se había acostado Elena, advertí que estaba vacío. Oí ruidos en el cuarto de la derecha, y descubrí a la pequeña que barría el suelo, mientras con una mano se levantaba el vestido lleno de lazos, que no se había quitado desde la noche en que se quedó en casa. La leña para la estufa aparecía ordenadamente apilada en un rincón. La mesa estaba muy limpia, lo mismo que la tetera que hacía de samovar. No había duda de que la chiquilla había tomado por su cuenta las faenas de la casa.

— ¿Cómo se te ocurre ponerte a barrer, Elena? — le dije, severamente —. No debes hacer eso, sobre todo estando aún enferma. Y tampoco has venido a esta casa como sirvienta.

— ¿Quién lo hará, si no lo hago yo? — dijo, volviéndose hacia mí —. Además, ahora no me encuentro enferma.

— Ya te he dicho que no te traje aquí para que trabajes. No parece sino que tienes miedo de que te eche en cara, como la Bubnova, que vives a costa mía. ¿Y de dónde sacaste esa vieja escoba?

— La traje yo cuando vivía mi abuelo, para barrer. Pero la tenía escondida debajo de la estufa.

Regresé al cuarto sumido en mis reflexiones. Era

evidente que la hospitalidad que ofrecía a Elena resultaba penosa para ella, y deseaba demostrarle que no vivía gratis en mi casa. «¡Qué carácter más orgulloso!», me dije.

Un momento después la pequeña entraba en la estancia y se sentaba en silencio en el diván. Me miró con atención, mientras yo me dedicaba a hacer el té. Había hervido ya el agua, y después de hacer la infusión le di una taza con un pedazo de pan blanco. Elena tomó sin protestar lo que le ofrecía. Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado.

—Mira, te has manchado el vestido, con lo bonito que es —declaré al ver que tenía una mancha en el dobladillo de la prenda.

Echó una mirada a la mancha, depositó la taza de té sobre la mesa, y muy despacio cogió el vestido de muselina con ambas manos y lo desgarró de arriba abajo. Después, mientras palidecía profundamente, me miró altiva, con determinación, sin pronunciar una sola palabra.

—¿Qué haces, pequeña? —exclamé, pensando que Elena había perdido el juicio.

—¿Cómo dice usted que es un vestido bonito? —manifestó al fin, casi sin poder hablar—. Es horroroso.

Se puso en pie de repente y gritó:

—¡No, no quiero llevarlo puesto! No quería que me lo pusiera, pero ella me obligó. ¡Destrocé otro vestido como éste, y también lo haré ahora!

Entonces, cegada por la ira, se puso a rasgar la tela. Cuando concluyó su obra destructora casi no podía sostenerse en pie y estaba sumamente pálida. Yo había observado aquél encarnizamiento sin poder reprimir mi asombro, y al final Elena me miró con aire provocador, como si yo tuviera parte de culpa en lo que sucedía.

Sin embargo, me dije que debía comprarle esa misma mañana otro vestido. El mejor modo de obrar con aquél ser resentido y arisco era tratarla con cariño y

bondad. Por su forma de actuar parecía como si en toda su vida no hubiese visto una persona de buenos sentimientos. Lo cierto es que aun sabiendo que la iban a castigar terriblemente, la niña había roto el primer vestido. ¡Cómo no iba a destrozar ése, que le recordaba los espantosos momentos que había pasado hacia poco!

No resultaba difícil hallar vestidos sencillos y bonitos en las tiendas de saldos del mercado de Tolkutchi. Por desgracia, yo casi no tenía dinero. Pero la noche anterior había ideado la manera de conseguirlo. Justamente tenía que ir en aquella dirección, para comprar el vestido. Cogí mi sombrero al tiempo que Elena me miraba con atención, para ver lo que hacía.

—¿Otra vez me va a dejar encerrada? —preguntó, al notar que cogía la llave para cerrar la puerta, como lo hice anteriormente.

—No debes culparme, Elena —manifesté—. Al cerrar lo hago para impedir que pueda entrar alguien y te dé un susto, ya que no te encuentras repuesta todavía. Tal vez la Bubnova esté al corriente de que te encuentras aquí, y en tal caso...

Me veía obligado a mentir, evidentemente. Lo cierto es que no tenía fe en la pequeña, y por eso la dejaba encerrada, mientras me ausentaba. Tal vez, de pronto, le diera la idea de fugarse, y había que ser prudente. Por consiguiente, me marché luego de cerrar una vez más la puerta con llave.

Me dirigí a ver a un editor que un par de años antes había iniciado la publicación de una obra de numerosos volúmenes, y en cuya casa había encontrado trabajo en momentos en que me hallaba con escaso dinero. Tenía la virtud de pagar puntualmente. Hablé con él y logré que me adelantase veinticinco rublos, en pago de los cuales debía entregarle un trabajo al cabo de ocho días. También esperaba poder adelantar un poco en mi novela, al mismo tiempo. De este modo me las

había arreglado, igualmente, en otras ocasiones en que me vi escaso de fondos.

En cuanto estuvo el dinero en mi poder, me dirigí al mercado y no tardé en encontrar una tienda de ocasión. Dije cuál era aproximadamente la talla de Elena, y al momento me sacaron un vestidito de percal de colores claros, de tela fuerte y que sólo fue lavado una vez. En cuanto al precio, era sumamente conveniente. También adquirí para ella un pañuelo para el cuello, y en el momento de pagar se me ocurrió que la pequeña necesitaba algún manto o gabán, ya que hacía frío y no tenía nada para abrigarse. Sin embargo, decidí postergar esta compra para otra ocasión, ya que era tan alta y susceptible que no sabía cómo acogería el vestido, por más que yo había procurado que fuera corriente y discreto.

Igualmente compré un par de medias de lana y otro par de hilo, cuya compra justificaría diciendo que en casa hacía mucho frío y necesitaba abrigarse. A la niña le hacía falta ropa interior, pero también esto debía dejarlo para más adelante, cuando entre nosotros hubiese más confianza. Lo que sí adquirí fueron unas viejas cortinas de cama para colocarlas delante del diván, lo que sin duda complacería a Elena.

Regresé a casa con mis compras hacia la una de la tarde. Entré sin hacer ruido, por lo que ella no se dio cuenta de mi llegada. Se hallaba delante de la mesa, hojeando mis libros y papeles, y en cuanto me vio, enrojeció vivamente y se apartó de la mesa. Advertí que el libro que había examinado era mi primera obra, una novela que tenía mi nombre en la cubierta, encima del título.

— Mientras estaba usted fuera, alguien llamó a la puerta — dijo contrariada —. Me preguntaron por qué estaba cerrada con llave.

— Probablemente fuese el médico — repuse —. ¿Le contestaste algo?

— No.

Preferí no hacer más comentarios; deshice el paquete y saqué lo que había adquirido.

— Mira, Elena — declaró, enseñándole la ropa —, no puedes seguir vistiendo esos harapos, de modo que te he comprado un vestidito barato para estar por casa, que sólo me ha costado un rublo y veinte copecs. Es muy barato, y por lo tanto no tienes por qué no ponértelo.

Dejé el vestido en el diván, a su lado, y ella se sonró y me miró con los ojos muy abiertos. Me pareció que por vez primera había en su mirada algo de dulzura. Como vi que no decía nada, me acerqué a la mesa. Estaba claro que mi regalo le había gustado, pero no dijo nada y continuó sentada, sin alzar la mirada del suelo.

El dolor de cabeza que ya sentía al despertar iba haciéndose cada vez más intenso. El aire de la calle no había contribuido a aliviarme. No obstante tenía que ir a ver a Natacha, cuya suerte seguía preocupándome.

Creí haber oído a Elena llamándome por mi nombre, y me volví hacia ella.

— Si vuelve a marcharse, no cierre la puerta con llave — manifestó, mirándome de reojo y mientras tiraba de los flecos del diván —. Le prometo que no me escaparé.

— Está bien, Elena, no me opongo a eso; pero, ¿sabemos acaso quién puede venir?

— Si me deja la llave, yo cerraré por dentro y cuando llame alguien diré que no se encuentra en casa.

Esto lo dijo con gesto de picardía como si quisiera decirme: «Mira qué fácil es».

De improviso, antes de que yo hubiera podido contestar, me preguntó:

— ¿Quién se encarga de lavarle la ropa?

— Lo hace una mujer que vive en esta misma casa.

— Pues yo también sé lavar. ¿Quién le hizo la comida que trajo usted ayer?

— La adquirí en un restaurante.

— Entonces, haré yo la comida porque también sé cocinar.

— No lo dirás en serio. ¿Qué sabes tú guisar?

La pequeña no dijo nada, pero bajó la cabeza, seguramente ofendida por lo que le había dicho.

Estuvimos un buen tiempo sin hablar, y de repente ella me dijo:

— Sopa.

— ¿Qué dices? — pregunté, desconcertado.

— Sé hacer sopa. Cuando mi madre estaba enferma yo se la preparaba. Y también hacía la compra.

— ¿Te das cuenta de lo orgullosa que eres, Elena? — declaré, sentándome en el diván, junto a ella. — Te trato todo lo bien que soy capaz de hacerlo; deseo ayudarte porque no tienes familia, y eres desdichada. Sé que tú harías lo mismo conmigo, si estuvieras en mi caso. Sin embargo, no pareces entender nada de eso, y te disgusta que te haga un pequeño obsequio. Lo único que quieras es pagarme con tu trabajo, como si yo fuera la señora Bubnova, que siempre te echaba algo en cara. No, no haces bien, Elena.

Le temblaron perceptiblemente los labios, pero no replicó nada.

Resuelto a marchar a casa de Natacha, me levanté del sofá. En esta ocasión entregué la llave a la niña, pero le dije que si llamaba alguien, se cerciorase primero de quién era.

Estaba inquieto, pensando que podía haberle sucedido algo desagradable a Natacha, y que ella me lo ocultaba ahora, al revés de lo que solía hacer antes. Tenía intención de hablar con ella un momento y marcharme en seguida, para no fastidiarla con una visita prolongada.

Advertí que no me había equivocado en mis suposi-

ciones. Natacha me recibió con gesto de disgusto. Debi haberme marchado en seguida, pero las piernas parecían no querer obedecerme.

— Vine sólo un momento para pedirte un consejo, Natacha — le dije. — ¿Qué crees que debo hacer con la huérfanita que he recogido?

A continuación le relaté brevemente el conflicto que tenía con Elena. Me escuchó sin interrumpirme, y por fin manifestó:

— No creo que pueda aconsejarte, Vania. Por lo que me has dicho veo que se trata de un carácter muy extraño. Seguramente esa niña ha sufrido mucho, en su corta vida, y por eso teme tanto a la gente. Más vale esperar a que se ponga bien. ¿Vas a llevarla a casa de mis padres?

— Asegura que no quiere alejarse de mí. Por otra parte, no sé cómo la recibirían en tu casa. Como puedes ver, me encuentro en una situación comprometida. — Y a ti, cómo te van las cosas? — le pregunté con tono indeciso. — Me pareció que ayer no te encontrabas bien.

— Sí, estaba un poco indispuesta, y hoy aún no me encuentro mejor. ¿Has estado en casa de mis padres?

— No; mañana es sábado e iré a verlos.

— ¿Por qué hablas del sábado?

— Es el día en que el príncipe iba a venir a verte por la noche.

— Claro. No lo he olvidado.

Permaneció un rato inmóvil ante mí, observándome obstinadamente y febrilmente.

— Vania — dijo al fin —, te ruego que te marches y me dejes. No te metas en mis cosas.

Lleno de estupor me puse en pie y la miré en silencio. En seguida le dije:

— Pero, ¿qué te sucede, Natacha? Te ha pasado algo malo?

— No, no me sucede nada. Mañana te lo contare

todo, pero en este momento prefiero estar sola. Márchate, te lo ruego.

— Al menos, Natacha, dime...

— Te lo diré todo mañana. ¡Márchate, por Dios!

Aturdido, casi sin saber lo que hacía, salí de la habitación de Natacha. En la escalera me encontré con Mavra, que me preguntó:

— ¿Aún está irritada, verdad? Ni siquiera me atrevo a acercarme a ella.

— ¿Qué le ocurre?

— Pues que ya hace dos días que nuestro señorito no ha asomado la nariz por esta casa.

— ¿Cómo es posible? — pregunté yo —. Si Natacha me ha dicho que Aliocha había venido ayer por la mañana, y que volvería seguramente por la noche.

— No decía la verdad. Ni vino por la mañana ni por la noche. Le repito que hace dos días que no aparece por aquí. No sé cómo pudo decirle que él había estado en esta casa.

— Pues sí, me lo dijo.

— Eso es muy extraño. Y se necesita tener amor propio para no querer confesar la verdad. El caso es que ese mozo está hecho un buen tunante.

— No sé qué podemos hacer.

— Ayer me mandó a su casa un par de veces — prosiguió Mavra —; pero hoy no quiere que le hablen de eso. Será mejor que vaya usted. A mí me da miedo dejarla sola.

Rápidamente descendí las escaleras, y desde arriba me preguntó Mavra:

— ¿Volverá esta noche?

— Depende de lo que pase ahora. Quizá vuelva a preguntarte si hay algo de nuevo. Eso, si aún continúo con vida.

En ese momento me sentía como si me hubieran atravesado el corazón con un puñal.

## CAPÍTULO X

Poco después me presenté en casa de Aliocha. Residía éste con su padre en un suntuoso piso de la Moriskaia, y tenía para él solo dos habitaciones. Sólo había ido a verle una vez, mientras que Aliocha venía a menudo a casa, especialmente cuando comenzaron sus relaciones con Natacha.

El joven no estaba en casa. Me encaminé a su habitación y le escribí la siguiente nota:

»Aliocha: ¿Ha perdido usted el juicio? Días atrás, cuando su padre pidió a Natacha que le honrase a usted concediéndole su mano, fui testigo del gozo que le producían aquellas palabras. Debe reconocer, por consiguiente, que su modo de conducirse resulta un tanto raro. ¿Ignora acaso el daño que le hace a esa joven? De todos modos, estas líneas servirán para recordarle que la forma en que actúa con su futura esposa es del todo incorrecta. Comprendo que no tengo derecho a recriminarle nada, pero lo hago a pesar de todo, porque me siento muy inquieto.

»Posdata. Natacha ignora que le escribo esta misiva. No hemos hablado de usted.»

Cerré la carta y la coloqué encima de la mesa. El criado me dijo que Alejo Petrovitch estaba raramente en casa, y que no regresaba hasta pasada la medianoche.

Con gran trabajo llegué a mi piso. Sentía vértigos, y las piernas casi se negaban a sostenerme. La puerta se encontraba abierta y Nicolás Sergueitch me esperaba en mi cuarto. Sentado ante la mesa, observaba curiosa-

mente a Elena, la cual estaba encerrada en su habitual mutismo.

«Seguramente Elena le ha parecido una chiquilla muy rara», me dije.

— Te aguardo desde hace una hora — me dijo el viejo, cuando me vio aparecer —. Lo que no esperaba era encontrarte en semejante compañía.

Al decirme esto miró disimuladamente a Elena y luego paseó su vista por la estancia. Advertí, no obstante, que estaba más contrariado y triste que de costumbre.

— Siéntate, por favor — me dijo —. Deseo hablar contigo, pues ha sucedido algo grave. Pero, ¿qué te sucede? Te noto muy mala cara.

— No me encuentro bien del todo. Por la mañana ya me dolía mucho la cabeza.

— Debes cuidarte. Tal vez te hayas resfriado.

— Sólo es una pequeña crisis nerviosa, como he tenido en otras ocasiones. ¿Y usted, cómo se encuentra? Me parece que tampoco se siente muy bien.

— No tiene importancia... Son problemas que surgen. Siéntate, debo contarte algo.

Cogí una silla y tomé asiento frente a él. Nicolás Sergueitch se inclinó un poco hacia mí, y me dijo con voz apenas audible:

— No la mires ahora, como si hablásemos de otra cosa. Dime, ¿quién es esa pequeña?

— Se lo contaré más despacio en otra oportunidad. Es huérfana, una nieta de Smith, el anciano que habitaba aquí y que murió al salir de la confitería.

— De modo que tenía una nieta, ¿verdad? Pues me parece una niña muy extraña, sobre todo por su forma de mirarle a uno. Con franqueza, si llegas a tardar unos minutos más, me hubiera marchado. No quería abrirme la puerta, y hasta ahora no me ha dirigido una sola palabra. ¿Cómo es que está en tu casa? Bueno, seguramente vino a ver a su abuelo, ignorando que había muerto.

— Así sucedió, en efecto. Es una chiquilla muy desdi-

chada. El viejo, poco antes de morir, habló de ella vagamente.

— Claro, siendo el abuelo como era, no es raro que haya salido así la nieta. No te olvides de contarme toda la historia más tarde. Quizá hallemos la manera de ayudarla, puesto que no tiene a nadie en el mundo. Oye, ¿no podrías decirle que se vaya un momento de la casa? Debo hablarte de un asunto muy serio.

— No puedo mandarla a otro sitio. Está viviendo aquí mismo, conmigo.

En dos palabras expliqué lo que pude a Ikmeniev, y agregué que podíamos hablar delante de ella, puesto que se trataba sólo de una chiquilla.

— Es verdad. Y no sabes lo que me asombra. ¡Una niña en tu casa, viviendo contigo!

Elena se había dado cuenta, de todas formas, de que hablábamos de ella, y siguió en silencio, con la cabeza gacha, jugueteando con los flecos del diván. Se había puesto el vestidito de percal, que le sentaba muy bien. También se había peinado con más cuidado que de costumbre. De no haber tenido aquella expresión hurañía, hubiera resultado una niña encantadora.

— Iré derecho al asunto — comenzó el anciano —. Debo ser conciso y breve, y te anticipo que se trata de una cuestión sumamente grave.

Estaba con la cabeza gacha, y en su semblante se advertía un gesto preocupado. A pesar de que me aseguró que sería breve y claro, era evidente que no sabía por dónde comenzar. «¿Qué irá a decirme?», pensé.

— Escucha, Vania, he venido a pedirte un favor, en primer lugar — dijo al fin —. Antes, sin embargo, debo ponerte al corriente de algunos aspectos... sumamente delicados.

Se aclaró la garganta y enrojeció al tiempo que me miraba de soslayo. Luego pareció indignarse a causa de su propia debilidad.

— En fin, no son necesarios los preámbulos, pues se

trata de algo muy sencillo, que en seguida comprenderás. Voy a retar a duelo al príncipe, y deseo que me apadrines y arregles lo que sea preciso.

Me eché hacia atrás en mi silla, y le miré con expresión de profundo asombro.

— No, no estoy trastornado. ¿Por qué me miras así?

— Pero, Nicolás Sergueitch, ¿por qué motivo, con qué pretexto va usted a desafiarle?

— ¿Me preguntas por las razones? ¡Eso sí que tiene gracia! — dijo el viejo.

— Comprendo lo que va a decirme, desde luego; pero, ¿de qué le servirá eso? ¿Qué puede usted ganar con un duelo? Le aseguro que no lo comprendo.

— Daba por supuesto que no lo entenderías. Oyeme bien, nuestro pleito concluirá dentro de poco, ya que sólo faltan unos trámites sin importancia. He perdido, y me condenan a pagar diez mil rublos. Mi propiedad de Ikmenievskoie es la garantía, de modo que el muy desalmado está seguro de cobrar los diez mil rublos. Al quedarme sin mi propiedad, me condena a ser un pobre diablo. Pero será ahora cuando levante realmente la cabeza, y podré decirle: «Noble príncipe, usted me ha estado ultrajando durante dos años; ha manchado mi buen nombre y el honor de mis familiares, y me he visto obligado a aguantarlo todo». Entonces no podía desafiarle, porque me habría contestado: «¡Ah, bribón, te propones matarme para no verte obligado a pagar el dinero que antes o después sabes que deberás pagar! Nada de eso. Aguardemos a ver cómo termina el pleito, y luego podrás retarme a duelo.» «Ya ha quedado zanjado el pleito, noble príncipe, y por consiguiente no hay impedimento alguno. De modo que acompáñeme usted al campo del honor.» Así es como yo pienso, Vania. ¿No crees que estoy en mi perfecto derecho, al vengarme de todo lo que me ha hecho?

Los ojos del anciano relucían de ira. Le miré en silencio, procurando descubrir lo que pensaba.

— Escuche, Nicolás Sergueitch — declaré, resuelto a hacerle la pregunta más delicada, sin la cual no había posibilidad de entenderse —. ¿Puede usted ser totalmente franco conmigo?

— Sí, pregúnteme.

— En tal caso, dígame si sólo desea desafiar al príncipe para vengarse, o si es por algún otro motivo.

— Sabes de sobra, Vania, que nunca admito que me hablen de ciertos asuntos. Esta vez haré caso omiso de ello, puesto que has comprendido en seguida que no se podía eludir ese detalle. En efecto, como bien sospechas, hay otra razón, que no es más que la de salvar a mi hija de la vergonzosa existencia en que la han envuelto los últimos sucesos.

— ¿De qué modo cree usted que podría contribuir a salvarla ese duelo?

— Puedo conseguirlo acabando con lo que está tramando esa gente. Y te ruego que no pienses que es el sentimentalismo o el cariño paterno lo que me induce a hablar de este modo. Eso son necesidades. Yo no enseño a nadie lo que hay en el fondo de mi alma, y ni siquiera tú lo sabes. Mi hija me dejó, se fue de mi casa para irse con su amante; entonces yo la arrojé de mi corazón para siempre, ¿comprendes? Es cierto que me viste llorar al contemplar su retrato, pero eso no quiere decir que piense perdonarla. En realidad, no lamentaba el alejamiento de mi hija, sino que lloraba por mi felicidad perdida, mis sueños desvanecidos. Suelo llorar con frecuencia, y lo digo sin rubor, como también afirmo que yo quería a mi hija por encima de todo lo que hay en el mundo. No debes pensar que esto es una contradicción, quizás te pregunes por qué me mezclo en lo que se está tramando contra ella, ya que por otra parte digo que no me importa su suerte. En primer lugar, te contesto que no deseo que ese individuo vil y taimado se salga con la suya, y en segundo término, lo hago por un lógico sentimiento humanitario. Aunque no la consi-

dere como hija mía, es un ser débil e indefenso, y quieren engañarla más aún para perderla definitivamente. No deseo mezclarme directamente en el asunto, pero sí puedo hacerlo inmediatamente: provocar un duelo.

»Si ese hombre me mata durante el desafío, si corre mi sangre, ella no será capaz de pasar sobre mi cadáver para casarse con el hijo del asesino, como hizo la hija del zar (¿recuerdas aquel libro en que aprendiste a leer?), que pasó con su carroaje sobre el cuerpo de su padre. Y si se lleva a cabo ese duelo, el propio príncipe sentirá muy pocos deseos de que se realice el enlace. ¿Entiendes, por fin?

— No del todo. Si como usted asegura, pretende el bien de ese ser desvalido, de Natacha, ¿cómo puede oponerse a un casamiento, que es lo único que podrá rehabilitarla? Natacha tiene toda la vida por delante, pero para vivir necesita una buena reputación.

— Más le valdrá olvidarse de lo que piensan los demás. Es menester que se dé cuenta de que la boda proyectada, al unirle a gente tan vil y malvada, es una verdadera deshonra. Ante el mundo debe mostrarse con una actitud orgullosa, altaiva. Entonces quizás procuraría ayudarla; ya veríamos si alguien osaba insultar a mi hija.

Semejante idealismo me dejó profundamente perplejo. No tardé en darme cuenta de que el viejo estaba sobreexcitado, y se dejaba llevar por la ira.

— Creo que eso es atarse a un ideal rígido y cruel —repuse—. Pretende que ella posea un valor superior posiblemente al que le proporcionó al darle la vida. De sobra sabe usted que a Natacha la impulsa el amor, una pasión fatal. También quiere que desprecie la opinión de los demás, cuando usted mismo es esclavo de ella. El príncipe le ha ofendido, ha divulgado a los cuatro vientos que usted, por medio de artimañas, esperaba unirse con su casa. Entonces piensa que si ella rechaza la propuesta formal de casamiento, eso constituirá

la prueba más palpable de que anteriormente le habían calumniado. Es decir que usted baja la cabeza ante la opinión del príncipe, y por otra parte quiere obligarle a que confiese su falta. Siente usted la imperiosa necesidad de dejarle en ridículo ante los demás, de lograr su venganza, y para ello no duda en sacrificar a su hija. ¿Qué es eso sino egoísmo?

Ikmeniev tenía el ceño fruncido. Tardó bastante tiempo en contestar. Por fin, me dijo:

— Eres muy injusto conmigo, Vania. Te aseguro que lo eres. De todos modos, más vale que lo dejemos, ya que no puedo descubrirte mi corazón.

El anciano se puso en pie, cogió su sombrero y agregó:

— Debes saber algo más. Has hablado de la felicidad de mi hija, ¿verdad? Pues bien, yo no creo en semejante dicha. Sé que ese matrimonio no se llevará a cabo, aun cuando yo no me oponga.

— ¿Cómo dice usted eso? ¿Acaso sabe algo más? —pregunté, sumamente intrigado.

— No sé más de lo que tú puedes saber, pero es imposible que ese zorro taimado se decida sinceramente a hacer algo semejante. Estoy seguro de que todo es una trampa. Recuerda lo que te digo y verás cómo acierto. Aun en el caso que se llegara a celebrar el matrimonio, todo obedecería a un cálculo de ese truhán, y aunque no sabemos la verdadera razón, no hay duda de que en algo trata de beneficiarse. Piensa un poco y dime si mi hija puede ser feliz, aunque se realice esa boda. Al poco tiempo empezarán los reproches y las humillaciones. En la actualidad ella sirve de compañía a un mozalbete al que ya le importuna su amor. En cuanto se casaran, dejaría de respetarla y la abrumaría con insultos y humillaciones. La pasión aumentará en ella a la vez que irá disminuyendo en él. Más tarde llegarían los celos, el sufrimiento, la separación; quizás hasta el mismo crimen. Vania, si eso es lo que tú deseas, debo

advertirte que responderás ante Dios, y cuando ya sea demasiado tarde... Bien, me marcho.

— No le dejé que se fuera.

— Oigame, Nicolás Sergueitch, será mejor que aguardemos un tiempo. Quizá el asunto se resuelva felizmente, sin necesidad de apelar a hechos violentos, como el duelo que propone y que, además, es totalmente irrealizable. ¿Cree, por ventura, que el príncipe aceptará?

— ¿Acaso piensas que va a negarse? Debes de haber perdido el juicio.

— Tengo la convicción de que no aceptará; sabrá pillar una solución dentro de lo honorable. Obrará lleno de orgullo, y le dejará en ridículo.

— Hijo mío, dices unas cosas que asombran. Insisto en que no tiene motivos para negarse. Creo que piensas de ese modo porque sólo eres un poeta. ¿Qué inconveniente tendrá para batirse? Tal vez insinúes que si se batiera conmigo se rebajaría, ¿verdad? Pues yo valgo tanto como él, y tengo motivos de sobra. Soy un padre ultrajado, y es mi testigo un escritor ruso, un personaje honorable. A decir verdad, no creo que hagan falta más razones.

— Ya lo verá usted. Presentará unos argumentos que harán imposible que usted se bata con él.

— Está bien. En tal caso, esperemos. Ya se verá lo que ocurre. Pero debes darme tu palabra de honor de que no dirás nada de esta conversación a ellos ni a mi mujer.

— Tiene mi palabra.

— Y otra cosa, no vuelvas a recordarme nunca más este asunto, por favor.

— Así lo haré.

— Para terminar, permíteme que te ruegue algo más. Comprendo que te aburres en nuestra casa, pero trata de venir con más frecuencia. Mi pobre esposa te quiere entrañablemente, y se siente muy sola sin ti. ¿Me comprendes, verdad?

Luego me estrechó la mano con tanta fuerza que creí que me la iba a romper. Yo le repetí que haría todo lo que me había pedido.

— Y ahora — me dijo —, una pregunta delicada. ¿Tienes dinero, Vania?

— ¿Dinero? — repetí, lleno de asombro.

— Bueno, al ver esta habitación... — dijo enrojeciendo y bajando la vista —. Tal vez tengas gastos extraordinarios, y más ahora... Ten, hijo mío, aquí tienes ciento cincuenta rublos para que hagas frente a cualquier contingencia.

— ¡Me da usted ciento cincuenta rublos, y acaba de perder el pleito! — exclamé.

— Creo que no me entiendes, Vania. Es posible que tengas gastos imprevistos. A veces el dinero nos proporciona independencia, libertad para actuar. Puede que ahora no te hagan falta, pero la oportunidad puede presentarse cuando menos lo pienses. Quédate con ese dinero, y si no lo gastas ya me lo devolverás. Bien, me marcho. ¡Cielo santo, qué mal aspecto tienes! ¿Te sientes enfermo?

Acepté el dinero sin discutir. Saltaba a la vista la razón de que me lo dejara.

— Es cierto, casi no puedo tenerme en pie — contesté.

— Debes cuidarte, Vania, y hoy no salgas a la calle. Le diré a mi mujer que estás enfermo. Sería mejor que te viera un médico. Regresaré a verte mañana, es decir, si las piernas pueden sostenerme. Ahora métete en la cama. Adiós, Vania. ¡Adiós, pequeñita! Fíjate cómo me rehúye. Ten, estos cinco rublos son para ella. No le digas que te los di yo. Con eso podrás comprarle zapatos y ropa interior. No hay duda de que le faltan muchas cosas. ¡Hasta pronto, hijo mío!

Fui con él hasta la puerta de la calle, y de paso envié al portero en busca de comida. Elena aún no había comido nada.

## CAPITULO XI

En cuanto entré en mi habitación noté que todo daba vueltas en torno mío y en seguida caí al suelo. Sólo recuerdo que en aquel momento Elena lanzó un grito y corrió a sostenerme. Después perdí el conocimiento.

Al recobrar el sentido me encontré acostado en el diván. Elena me dijo que entre ella y el portero, que llegaba con la comida, me habían colocado en el sofá. Desperté muchas veces, y siempre veía cerca de mí el semblante compasivo y preocupado de la pequeña. Todo aquello aparecía como envuelto en una bruma. Elena me daba de beber, me tapaba y se sentaba cerca de mí llena de temor y tristeza, acariciándome a veces el pelo con sus menudos dedos.

En una de las ocasiones en que me hallaba despierto a medias, sentí que me rozaba la frente con los labios. Otra vez, siendo de noche, advertí a la mortecina luz de una vela que se consumía sobre la mesa, que Elena había apoyado la cabeza en mi almohada, y dormía con gesto de timidez, entreabiertos los labios, y con una mano debajo de la tibia mejilla.

La vela se apagó, al consumirse por completo, y poco después comenzó a proyectarse sobre la pared el reflejo vivo y purpúreo de la aurora. Recostada contra la silla de noche, con la cabeza sobre el brazo izquierdo, estaba ahora durmiendo Elena. Contemplé aquel semblante infantil, y advertí que aun en sueños tenía un

gesto triste, de adulto, y una hermosura extraña y enfermiza.

El pálido rostro de mejillas hundidas y largas pestañas curvadas, estaba enmarcado por una espesa masa de cabellos intensamente oscuros, que ahora le caían revueltos hacia un lado. El otro brazo lo tenía apoyado sobre mi almohada; le cogí la delgada mano y se la besé con dulzura. La pequeña no se despertó, pero una ligera sonrisa pareció aflorar en sus labios descoloridos.

Durante un buen rato seguí contemplándola, y después me dormí plácidamente, con sueño reparador.

En esta ocasión no volví a despertar hasta el medio-día, y advertí que me encontraba bastante mejor, aunque todavía notaba una gran pesadez en los miembros, vestigio de mi reciente indisposición. Otras veces había sufrido crisis nerviosas semejantes, y las conocía bien. Por lo corriente, el acceso duraba un día o poco más, aunque a veces adquiría una tremenda intensidad.

Una de las primeras cosas que vi al despertar fueron las cortinas que había comprado el día anterior, y que ahora se hallaban en un rincón, colgando de una cuerda. Elena se había preparado ya un rinconcito para ella en la estancia. La niña estaba ante la estufa, haciendo el té, y cuando notó que me había despertado, se acercó a mí sonriendo.

— Te has pasado la noche en vela, para cuidarme — manifesté al tiempo que le cogía una mano —. No imaginaba que fuieras tan buena.

— ¿Sabe de verdad que le he estado velando? Tal vez me haya pasado la noche durmiendo — repuso con las mejillas encendidas, y mirándome entre tímida y mala-ciosa.

— Varias veces me desperté y te vi. Sólo al amanecer te quedaste dormida.

— ¿Le apetece una taza de té? — inquirió, como si rehuyese mis elogios.

Era evidente que la conversación no resultaba de su

agrado, como suele pasar con las personas excesivamente modestas, cuando se les prodigan las alabanzas.

—Sí, dame té — respondí —. Dime, ¿comiste ayer?

—Al mediodía no, pero cené de lo que trajo el portero. No se preocupe por eso. Quédese tranquilo, pues aún no está bien del todo.

Al tiempo que decía esto, tomó asiento en el borde del sofá y me sostuvo la taza de té.

—No tengo más remedio que salir, así que me levantaré por la tarde — dije.

—¿Adónde tiene que ir? ¿A ver a ese señor que estuvo aquí ayer?

—No, a ése no.

—Menos mal, ese hombre le pone nervioso. Entonces, ¿va a casa de su hija?

—¿Cómo te has enterado de que tiene una hija? —le pregunté, extrañado.

—Lo escuché todo.

Bajó la cabeza avergonzada, al decir esto, y vi que tenía el ceño fruncido.

—Me parece que es un señor muy malo — agregó en seguida.

—Nada de eso, es una persona excelente, sólo que tú no le conoces bien.

—¡No, no, es malo! — insistió con vehemencia —. Le digo que oí todo lo que decía.

—Pero bueno, ¿qué le oíste decir?

—No quiere perdonar a su hija.

—De todos modos la aprecia de verdad. Ella se portó muy mal, y eso le produce a él un gran dolor.

—Si es así, ¿por qué no la perdoná? Pero aunque la perdonase, su hija no debería volver a casa de él.

—¿Por qué?

—No merece que le quieran — aseguró con firmeza —. Más vale que se olvide de su padre para siempre, y que se vaya a pedir por las calles. Merece la vergüenza de ver a su hija pidiendo limosna.

La chiquilla tenía los ojos fulgurantes, y sus mejillas estaban como brasas. No alcanzaba a comprender la razón de aquella inquina.

—¿Y piensa usted mandarme a esa casa? — preguntó después de un corto silencio.

—En efecto.

—Entonces, prefiero ponerme a servir.

—No digas semejantes tonterías, Elena. ¿En qué casa te iban a aceptar?

—En la de cualquier *mujik*.

Elena hablaba llena de enfado, y no levantaba la vista del suelo.

—A los *mujiks* no les resultan útiles las chiquillas como tú — le contesté sonriendo.

—Iré a una casa de señores, en tal caso.

—No sé si podrías vivir con unos señores, con el genio que tienes.

—¿Por qué no? — repuso, cada vez con mayor aspereza.

—Bueno, creo que no serías capaz de aguantarlo.

—Ya lo creo que lo soportaría. Cuando me regañen, no diré nada; si me pegan, tampoco rechistaré. Siempre estaré callada, y no lloraré por nada del mundo. Se consumirán de rabia.

—¿Qué cosas se te ocurren, Elena! Eres muy arisca y orgullosa, y has debido sufrir lo indecible.

Me puse en pie y me acerqué a mi mesa, tomando asiento ante ella. Vi que Elena, con aire meditabundo, seguía tirando de los flecos del diván. Me pregunté si le habrían disgustado mis palabras.

Con gestos maquinales deshice el paquete de libros que me había entregado el día anterior el editor, para que le hiciera el trabajo. Los hojeé un rato, y luego me puse a escribir en silencio.

—¿Qué está escribiendo? — me preguntó la niña, que se encontraba a mi lado, sonriendo con timidez.

— Escribo sobre muchas cosas diferentes, Elena. Ya sabes que me pagan para que escriba.

— ¿Son escritos para el juzgado?

— No.

Le conté que escribía historias diversas, que al ser publicadas recibían el nombre de novelas o cuentos. Elena parecía estar muy interesada.

— ¿Ha sucedido, lo que usted escribe?

— No, es invención casi todo.

— Eso no está bien. ¿Por qué no escribe algo que suceda de verdad?

— Ten, lee este libro, y te darás cuenta. Ya te vi hojeándolo una vez. ¿Sabes leer?

— Sí.

— Entonces léelo. Está escrito por mí.

— ¿Usted lo ha escrito? ¡Entonces sí que lo voy a leer!

Luego pareció querer decirme algo, pero no se decidió. Parecía hallarse profundamente agitada, y pensé que trataba de preguntarme algo de importancia. Por fin pareció arriesgarse, e inquirió:

— ¿Le pagan mucho por escribir?

— Segundo. Hay veces que gano mucho, y otras nada, porque no les gusta el trabajo. Te aseguro que es una labor muy pesada, Elena.

— Eso quiere decir que no es rico, ¿verdad?

— No, no lo soy.

— En tal caso, trabajaré y le serviré de ayuda.

Me observó rápidamente, se sonrojó y de pronto se acercó a mí. Me rodeó fuertemente con sus bracitos y apoyó la cabeza contra mi pecho. Me sentí desconcertado.

— Yo le quiero mucho —me dijo—. No soy una orgullosa, como usted dijo ayer. Le quiero porque es la única persona en el mundo que me aprecia.

No pudo aguantar más y se echó a llorar desconsoladamente, igual que cuando le dio el ataque. Se arro-

dilló luego ante mí, y mientras me besaba las manos y los pies, no cesaba de repetir:

— ¡Usted me quiere! ¡Únicamente usted me quiere!

Me rodeó convulsivamente las piernas con los delgados bracitos, y advertí que todos sus sentimientos, tanto tiempo contenidos, se manifestaban ahora con violencia irresistible. Comprendí entonces la singular obstinación de aquella pobre alma que se había reprimido hasta entonces. Cuando llevados por su sed de amor y gratitud, esos seres se abandonan y lo olvidan todo, entonces el estallido es inevitable.

Lloraba con tal violencia que terminó por sufrir un acceso de histeria. Con todo cuidado le abrí los brazos con que me rodeaba fuertemente, y levantándola con los míos, la coloqué en el diván. Aún siguió sollozando largo rato, con el rostro hundido en la almohada. Aunque le daba vergüenza que la vieran llorar, apretaba mi mano con fuerza, reteniéndola contra su corazón.

Fue tranquilizándose poco a poco, pero no levantó la cabeza. Una o dos veces me observó furtivamente, aunque con una mirada llena de dulzura, y en seguida volvía a esconder el rostro. Por último, sonrió ligeramente.

— ¿Ya te encuentras mejor, Elena? ¡Pobrecilla, mi pobre enfermita!

— No me llame Elena —me rogó, con el rostro oculto otra vez.

— ¿Cómo quieras que te llame?

— Nelly.

— ¿Por qué Nelly? Bueno, es un nombre muy bonito... Está bien, te llamaré Nelly, si lo prefieres.

— Así me llamaba mi madre. Sólo ella me llamó así, pues no he querido que nadie más me diera ese nombre. Pero usted, sí. Yo quiero que me llame Nelly. ¡Siempre, siempre le querré!

«¡Alma dulce y alta! —me dije—. ¡Cuánto tiempo necesité para ganarte, para que fueras Nelly para mí!»

Comprendí que había logrado su afecto para siempre.

— Dime, Nelly — manifesté, cuando estuve más tranquila —. ¿Cómo dices que sólo te quería tu madre? ¿Es que no te quiso tu abuelo?

— No, él no me quería.

— Pero cuando te enteraste de que había muerto, lloraste mucho ahí en la escalera. ¿Lo recuerdas?

Se quedó reflexionando unos segundos, y mientras una sombra de dolor pasaba por su semblante, dijo:

— Era malo, no me quería.

— No debieras acusarle de ese modo. Parecía trastornado, y al morir no era dueño de sus actos. ¿Te he contado cómo fueron sus últimos momentos?

— Sí. De todos modos, sólo en el último mes comenzó a ponerse así... y a no saber lo que hacía. Se quedaba sentado todo el día, ahí mismo, y si yo no hubiese venido, ni siquiera habría comido o bebido. Antes no le pasaba eso.

— ¿Antes de qué?

— De que muriese mi madre.

— ¿Quieres decir que tú le traías la comida?

— Sí.

— ¿Dónde la conseguías, en casa de Bubnova?

— ¡Nunca me llevé nada de casa de esa mujer! — repuso con firmeza.

— ¿De dónde la sacabas, en tal caso? Tú no tenías dinero...

Se quedó callada un momento. Luego me miró largamente, y muy pálida, me contestó:

— Pedía limosna por la calle. En cuanto reunía cinco copeces compraba pan y tabaco y se lo traía.

— ¿Cómo pudo consentirlo? ¡Mi pobre Nelly!

— No supo nada al principio, pero cuando se enteró, él mismo me decía que mendigase. Me iba al puente y tendía la mano a los que pasaban, mientras él me observaba de cerca. En cuanto veía que me daban una moneda, venía rápidamente y me la quitaba, como si fuera a quedarme con el dinero.

Al decirlo sonreía llena de amargura.

— Todo esto ocurrió después de morirse mamá — agregó —. El abuelo estaba trastornado.

— Seguramente quería mucho a tu madre. ¿Cómo no vivía con ella, entonces?

— No la quería. Era una mala persona, y nunca quiso perdonarla. Igual que ese viejo que estuvo ayer.

Esto lo dijo en voz muy baja, palideciendo todavía más.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al notar que el argumento de una novela estaba esbozándose en mi mente. La pobre mujer agonizando en el sótano de un fabricante de ataúdes; su hija, que una vez huérfana iba algunas veces a ver al abuelo, que no perdonó a su madre; el extraño viejo que, trastornado por completo, muere en cuanto su perro deja de existir... Nelly interrumpió mis pensamientos diciendo:

— Azor había sido antes de mamá, en la época en que el abuelo la quería de verdad — recordó sonriendo la chiquilla —. Cuando mamá se fue de casa, el abuelo quiso tener con él al perro, y parecía quererle mucho. En cambio, no perdonó a mamá, y cuando Azor murió, él también se murió.

La niña terminó de hablar con tono áspero, y la sonrisa se le heló en el semblante.

— ¿En qué trabajaba tu abuelo, Nelly?

— No estoy segura. Había tenido mucho dinero, y fue dueño de una fábrica. Mamá me lo contó, pero sólo hablaba de eso muy pocas veces, pues decía que yo era demasiado pequeña para entenderlo. Luego me abrazaba muy fuerte y repetía: «¡Llegará un día en que lo sabrás todo, pobre hija mía, desdichada criatura!» Siempre me llamaba pobre y desdichada. Algunas noches, cuando creía que yo estaba dormida, aunque sólo lo aparentaba, me besaba y decía muchas veces: «¡Pobre y desdichada hija mía!».

— ¿De qué murió tu madre, Nelly?

— Enferma del pecho, hará dos meses dentro de poco.

— ¿Puedes recordar algo del tiempo en que tu abuelo era rico?

— Yo no había nacido todavía. Mamá se marchó de casa del abuelo, antes de que yo naciese.

— ¿Con quién se fue?

— Lo ignoro — repuso la pequeña, en voz baja —. Se fue al extranjero, y entonces nací yo.

— ¿No sabes a qué país se fue?

— A Suiza, donde yo nací. Luego estuve en otras partes, en París, en Italia...

— ¿Y aún recuerdas todo esto? — le pregunté, sin disimular mi asombro.

— Claro. Me acuerdo de muchas cosas.

— Dime, ¿cómo hablas tan bien el ruso?

— Me lo enseñó mamá desde pequeña. Ella era rusa, como su madre. El abuelo era inglés, en cambio, aunque ya parecía nacido aquí. Cuando mamá y yo volvimos a esta ciudad, hace un año y medio, yo ya hablaba muy bien el ruso. No teníamos dinero, y mi madre ya estaba enferma. La pobre no hacía más que llorar. Primero estuvo mucho tiempo buscando al abuelo aquí, en San Petersburgo. Aseguraba que no había sido buena con él, y lloraba mucho. Cuando supo que el abuelo había quedado arruinado, se puso más triste todavía. Le mandaba cartas, pero él nunca le contestó.

— ¿Por qué volvió tu madre aquí? ¿Para estar de nuevo con tu abuelo?

— No lo sé. Allí lejos estábamos muy bien — dijo la niña, y sus ojos resplandecieron —. Mamá vivía sola, conmigo; tenía un amigo, un hombre tan bueno como usted, y que ya conocía de aquí. Pero él se murió y mamá volvió de nuevo a esta ciudad.

— ¿Aquel amigo era el hombre con el que se marchó tu madre cuando dejó al abuelo?

— No, se fue con otro, pero éste la dejó abandonada poco después.

— Nelly, ¿quién era ese otro hombre?

La chiquilla me miró fijamente, pero no me contestó. Me di cuenta de que sabía con quién se había marchado su madre, y que con toda seguridad él era su padre. Pero le resultaba muy doloroso decírmelo.

Decidí no atormentarla más con aquellas preguntas. De carácter singular, nervioso y vehemente, la pequeña sabía contener sus impulsos, y a pesar de ser afectuosa, en ocasiones se mostraba altanera. En realidad, muy pocas veces era franca conmigo, a pesar de quererme con toda su alma, casi como parecía idolatrar el recuerdo de su madre muerta. No obstante, durante el tiempo que nos tratamos, muy pocas veces me habló con sinceridad de sus cosas y de las épocas pasadas; todo procuraba ocultarlo afanosamente. Ese día, sin embargo, entre sollozos convulsivos me reveló durante dos horas lo que más le había dolido en su existencia pasada. Nunca se borrará de mi memoria aquel singular relato. Pero contaré esta historia más adelante.

Era una tragedia tremenda, la de esa mujer abandonada, que apenas pudo sobrevivir a la felicidad perdida. Apenada, enferma, despreciada por todos, por último la repudió el único ser de quien podía esperar un poco de benevolencia: su propio padre. Éste terminó por perder la razón a fuerza de disgustos, desde que ella le abandonara.

Era el relato de una mujer en el límite de la desesperanza, que deambulaba por las callejas frías y oscuras de San Petersburgo, pidiendo algo de comer para su pobre hija; una mujer que fue agotándose a lo largo de meses y meses en un sótano húmedo y lóbrego, a la que el padre niega el perdón, hasta que arrepentido va a llevársela a última hora, y se encuentra con el cadáver de aquel ser al que quiso por encima de todas las cosas de este mundo.